

COMER TECHNO BAILAR TECHNO

20
20
5

COMER TECHNO BAILAR TECHNO

ALEJANDRIA





**COMER TECHNO
BAILAR TECHO**

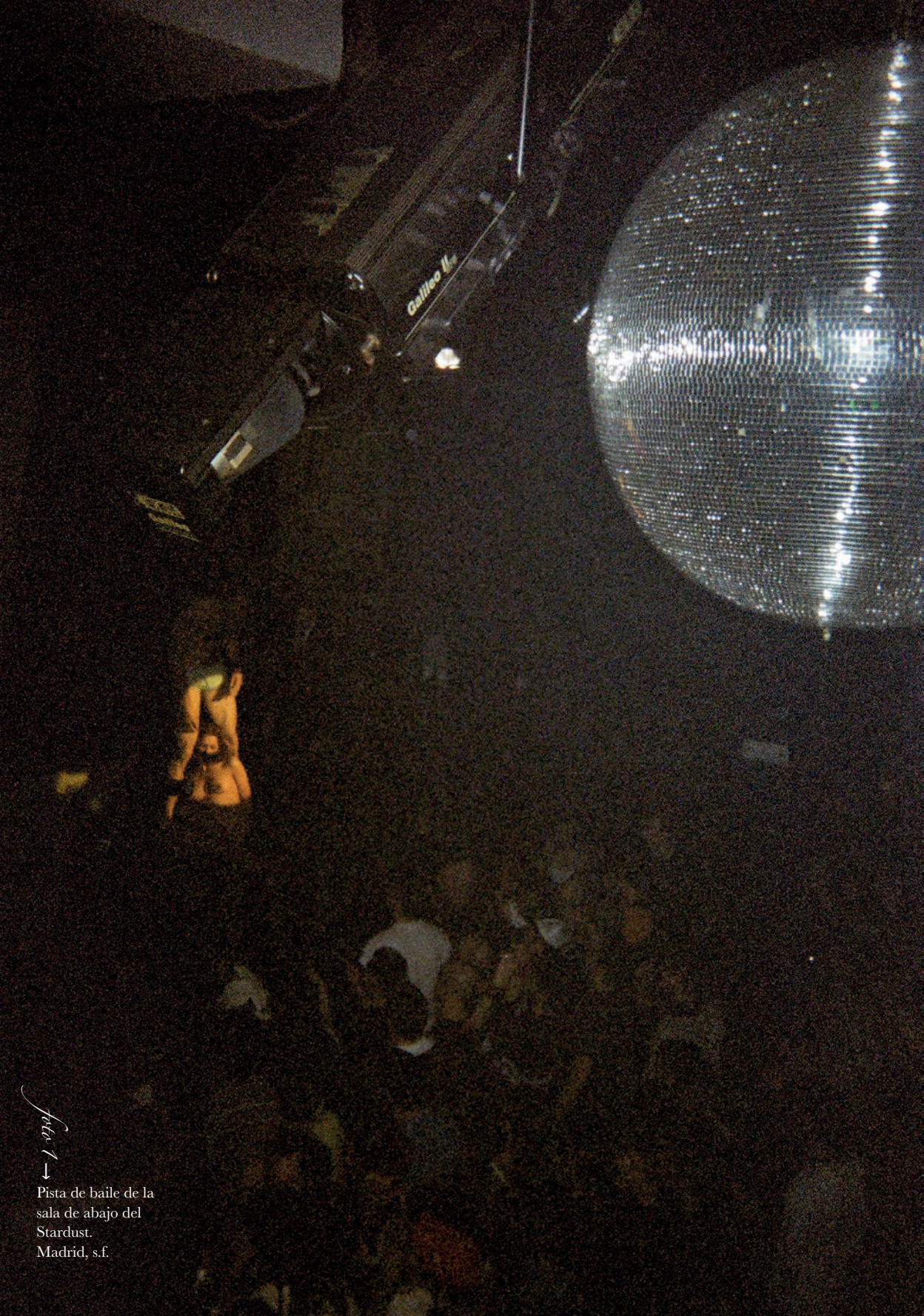
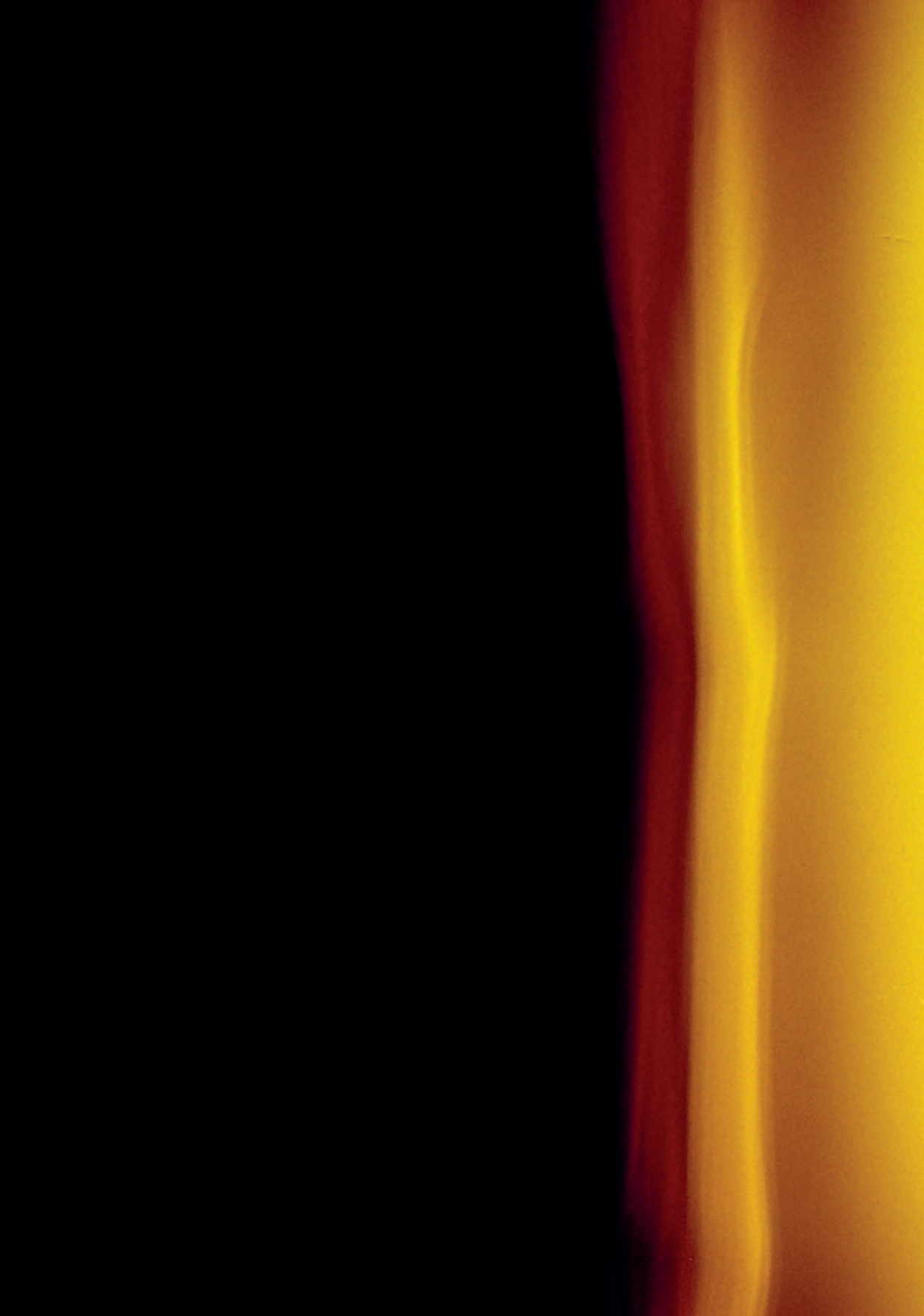


foto 1 →

Pista de baile de la sala de abajo del Stardust. Madrid, s.f.

*Son mis amigos,
en la calle pasábamos las horas.
Son mis amigos,
por encima de todas las cosas.*

Amaral



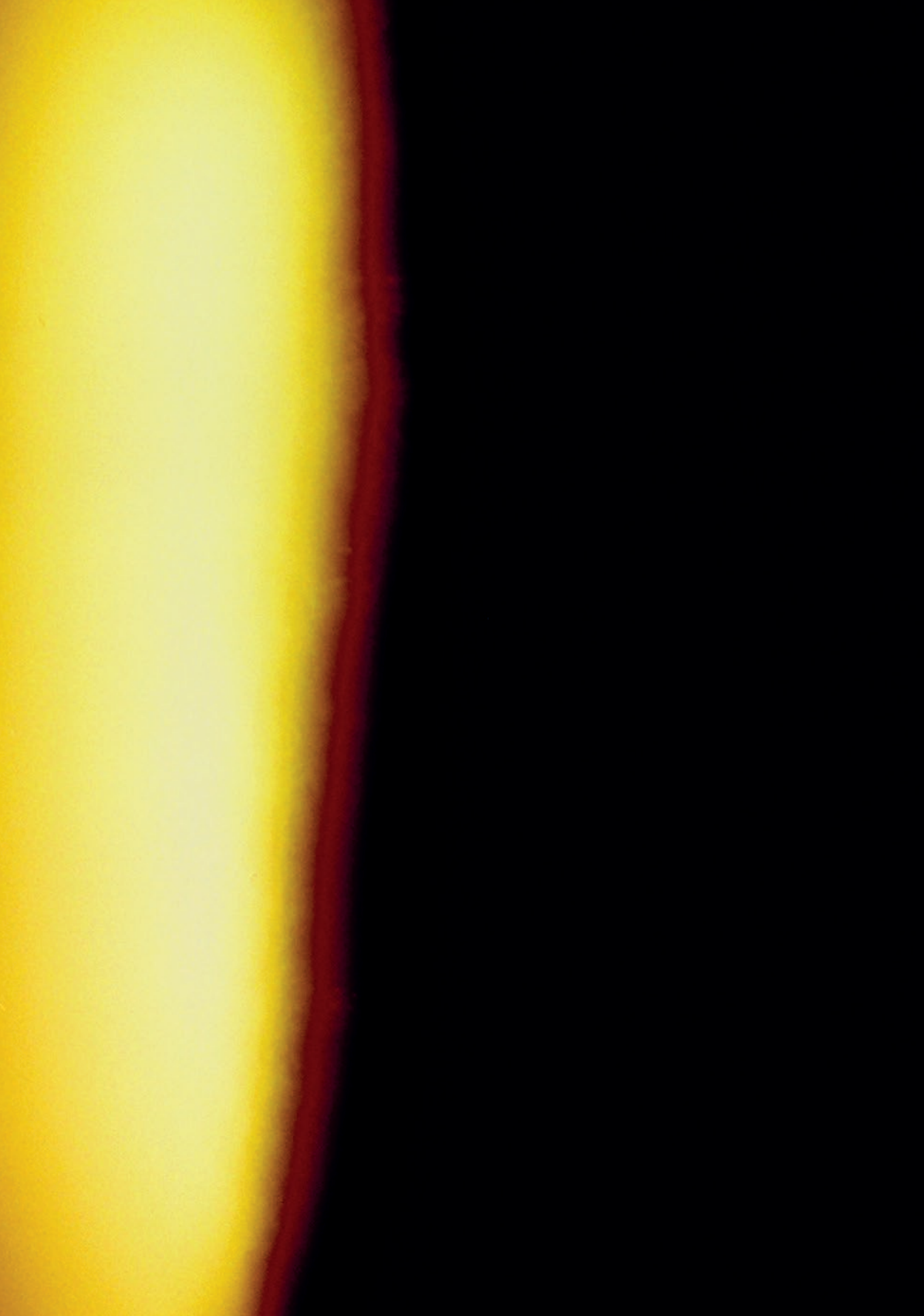




foto 2 →
Aste Nagusia.
Bilbao, 2019

PRÓLOGO



FEET DON'T FAIL ME NOW

ALEJANDRIA



foto 3 →

Antonio José
durmiendo en el
suelo durante un
after en la casa de
Juan Ángel.
Madrid, s.f.

Me acuerdo perfectamente de la primera vez que me metí una raya de coca. Fue una noche que quedamos para beber en casa de Pepa y la esnifé sentado sobre las rodillas de Sergio. Mi primera pastilla de éxtasis la tomé con Ale en el baño de la sala Pirandello. Mi primer chorro de GHB fue follando con mi exnovio Juanjo y terminé potando. Mi primera punta de keta me la ofreció una desconocida en una parada de autobús en Londres. Fue en Londres también donde inhalé popper por primera vez con Juan Ángel y Alba. La mefedrona la probé con un cliente que me pagó 200€ por hablar en lugar de follar. Mi primera calada a un porro la di en la facultad de Bellas Artes con Inés. Mis primeras setas me las comí en la playa con Juncal, Mosta y Candela. Mi primera llave de speed la esnifé en un bar de mala muerte en Tudela con Gara. Mi primera chupadita de MDMA creo recordar que fue con Alba, Jose y Quim en su casa, y mi primer cartón de LSD fue recientemente con mis compis de piso una noche de cuarentena en AVECILLA.

A esos momentos les han sucedido muchos otros en los que la droga, junto con la fotografía, han sido dos ingredientes que han facilitado que muchas noches hayan sido inolvidables.

Lo que más me gusta de drogarme es la complicidad que se genera en torno a la droga. Cuando un grupo de amigos decide comprar un pollo para compartir de fiesta, se activan toda una serie de estímulos que conectarán a esas personas de una forma especial durante el resto de la noche. La excitación previa, el torpe encuentro con el dealer, la primera ralla todos juntos, las visitas periódicas al cuarto de baño, las miradas cómplices en la pista de baile, la hermandad por hacer algo ilegal, los abrazos sudados, las conversaciones arrastradas, el cuidado mutuo, el baile de tarjetas y turulos... Todos estos ritos son los que hacen del drogarse un evento mágico.

No hay nada más hermoso en una noche de verano en Madrid que un grupo de amigos apelotonados en una cabina del baño drogándose. Una suerte de pogo nuclear en un metro cuadrado de superficie en el que la droga es el anfitrión. Cuando estás en uno de esos sucios cubículos con 4 o 5 personas a las que quieres, poco te importa que tu calzado se esté calando en un charco de orines ajenos. Sabes que nada malo te puede pasar, que todo está bien, que no te puedes caer porque todo el espacio posible para caerse lo ocupan otros cuerpos que te sujetan, que eres joven y estás disfrutando de ser joven, que bailar es tu filosofía de vida y la droga tu religión. Y un destello entre felicidad y alcoholismo precoz aparece en tus ojos y deseas que nunca se apague, que nunca te apagues. Y para evitar que el

destello se apague, os haceis un selfie con un flashazo de una cámara desechable que os ilumina momentaneamente. El brillo del flash dura una milésima de segundo, es casi imperceptible, salvo por el deslumbre que provoca. Pero las caras iluminadas quedarán grabadas en la foto por siempre.

Mucha gente se pregunta ¿por qué la juventud se droga? La respuesta es sencilla: Nos negamos a dejar de brillar, y con cada raya, con cada cuarto de pastilla, con cada chupadita de M, con cada calada de porro y con cada chorri de G... brillamos un poco más. Y a todas nos gusta deslumbrar con nuestro propio brillo, porque con el deslumbre de nuestro propio brillo perdemos la noción de la densidad de la vida. Sentimos que todo lo que nos hace felices es para siempre. Los jóvenes nos drogamos para ser inmortales, y solo con los malos viajes nos damos cuenta de que nada es para siempre y que la decadencia de la vida nos hará desaparecer por completo, que apagará nuestro brillo. Mientras tanto, pies no me falleis ahora, porque aunque hayamos nacido para morir, aún nos queda mucho por bailar.



Muchos años antes de vivir la noche, ya había asumido que por el día jamás conocería a gente interesante. Estaba cansado de las relaciones forzosas que tenía que soportar en la familia y el instituto. Disfrutaba del tiempo que pasaba con mis amigas, pero sentía que el vínculo que nos unía era tan frágil como la supervivencia de una estrella de mar fuera del agua. En cuanto la sacas de su contexto, muere. Pero yo deseaba escapar de mi hábitat, quizá para morir lentamente. Desde entonces siento que me estoy matando cada día un poquito. Y es que es verdad cuando dicen que la noche de Madrid mata. La luz del día es para la rutina, para los oficios. Yo necesitaba aventuras que me arrancaran de este predecible mundo, y todo lo impredecible ocurre cuando es de noche.

No recuerdo muy bien por qué aquel fin de semana me quedé yo solo en casa de mi madre. No estaban ni ella, ni mi padrastro, ni ninguna de mis hermanas, ni nadie que pudiera controlar mis movimientos. Fue la primera vez que me sentí con la libertad de poder aventurarme en la vida nocturna de una ciudad

cuyo imaginario había consumido en películas, historias y anécdotas durante mi adolescencia. La Noche Madrileña me había puesto las expectativas muy altas. Así que me puse un conjunto de ropa que me hacía sentir especial y corrí hacia la noche.

Aquella fue la primera de muchas escapadas al devenir del ocio nocturno del centro de Madrid y como era un niño de extrarradio menor de edad y apenas conocía la ciudad, me puse a pasear por las calles de los barrios de moda expectante de que algo sucediera. Una fantasía de argumento de película en la que yo como protagonista entro en un garito y me veo inmerso en una trama que me conecta con mi verdadero ser y la razón de mi existir. Pero obviamente no fue así. Como era de esperar, no ocurrió nada y volví a casa con el rabo entre las piernas.

Aunque en aquella escapada no pasara nada en particular, sí que despertó en mí un interés provocador por descubrir qué sucedía en la oscuridad de la noche, mientras todos duermen. Porque solo en la noche y en el sexo he encontrado algo de emoción en esta decadente vida.

Desde entonces hasta hoy he invertido gran parte de mi juventud en huir de la pesadez de la vida, de lo duro que es comprender que nada tiene sentido. Huir de levantarme cada mañana para estudiar una carrera para dedicarme a un trabajo frustrante que me tendrá secuestrado la mayor parte del día para ganar un dinero que invertir en el alquiler de una habitación de mierda en la que guardar mis mierdas y en la que dormir y follar con el catálogo de tíos de Grindr de un radio de un kilómetro a la redonda. Estoy geolocalizado, y ser hijo de familia de clase media te ofrece un menú del día con primer plato, segundo, café y postre. La bebida se paga a parte. Dependiendo del club el precio de la copa varía: Desde 5€ nacionales en un bar de garrafón en Malasaña al que íbamos para emborracharnos rápido y barato; 12€ el cubata en el garito de moda de turno; 6€ el tercio en un club underground o a precio libre en garajes aún más underground.

Se podría escribir un diario de consumo de alcohol de una persona y saber perfectamente en qué momento de su vida ha consumido cada tipo de bebida: malibú con piña de adolescente, kalimotxo y cubatas de joven, vino y cócteles de adulto y alcoholes fuertes de viejo para aliviar todo el peso que uno lleva acumulado.

Más Allá y Gris se llamaban los antros a los que íbamos a emborracharnos. Quizá los nombres de los garitos a los que vas son pequeñas pistas de lo que te deparará el futuro.



Hace pocos meses cumplí 30 años. Con mi edad ya debería estar asentado en alguna parte del mundo con un núcleo familiar, relaciones de amistad sólidas, un trabajo estable y algún que otro bien adquirido pagado en módicos plazos mensuales. Sin embargo aquí estoy, tumbado en un sofá roído por las uñas de dos gatos en un piso compartido con tres amigos en el madrileño barrio de Carabanchel. Este podría ser un marco más o menos aceptable, de no ser por los meses que llevamos encerrados en casa debido a una pandemia mundial que ha provocado que la mayoría de la población estemos obligados a refugiarnos en nuestras casas para no propagar el virus. Y yo me encuentro paralizado, hipnotizado con las deformaciones cromáticas del mismo techo del que hace seis años arrancamos el gotelé a espátulazos. Ahora, en lugar de pegotes de gotelé veo estampidas de ñues diminutos, vista aérea, vista de dron.

Hacía muchos años que no veía estampidas de ñues dibujados en la pared. Desde que era pequeño y me acostaba en la cama a oscuras aterrado por la idea de que viniera el demonio a poseerme. La culpa de aquellos pánicos nocturnos la tuvo el maldito spot que emitían en la tele anunciando la remasterización de la película *El Exorcista*. El anuncio, emitido en horario infantil, me provocó un trauma con el que he venido teniendo pesadillas recurrentes a lo largo de 20 años. Cada vez que veía la imagen de la joven Regan con cicatrices en la cara y camisón blanco bajando las escaleras de la casa haciendo el puente, estaba convencido de ser la víctima perfecta de unas de las posesiones nocturnas del diablo: era inocente y flexible. Mi única receta para salvarme era rezar un padre nuestro y mirar fijamente a la pared acurrucado bajo la manta con mi peluche favorito Thor, un cachorrito de pastor alemán, e imaginar en el gotelé a millones y millones de ñues galopando todos a una para olvidar los 30 segundos de spot publicitario. 20 años después, los vuelvo a ver en el techo, pero esta vez son de colorines.

Ver de nuevo esta estampida me ha hecho viajar al pasado y pensar en lo que pensaba entonces sobre quién sería en lugar de lo que soy. Wow!, nada que ver. Pensar esto me pone más triste si cabe. La estampida de colores está a punto de atropellarme como atropelló a Mufasa. Pero Mufasa trataba de salvarle la vida a su hijo Simba. Él era un héroe. Yo solo intento salvarme a mi mismo de un mal viaje de ácido. Porque sí, acabo de cumplir 30 años, llevo más de un mes de cuarentena sin poder salir a la calle y me he metido un ácido. Creo que estoy teniendo un mal viaje. Eso, o quizá esté por fin madurando.

30 años son muchos años. Al menos los suficientes para entender muchas cosas. Da tiempo a no entender, a aprender a entender y volver a desentenderlo todo de nuevo. Ahora vuelvo a no entender nada. Estoy otra vez en ese punto en el que sólo me queda acurrucarme junto a la pared y que al cubrir mi cabeza con el edredón, éste se convierta en un búnquer antinuclear que me protege de todos los males del mundo. Otra opción es gritar como un loco en mi habitación las letras de las canciones de t.A.T.u. convenciéndome verdaderamente de que *no podrán con nosotras*. Pero sí que han podido: t.A.T.u. no son lesbianas, se han separado y sus carreras musicales por separado solo demuestran que eran un producto de marketing; una obra de arte de Ivan Shapovalov. *Todas las cosas que ella dice* fueron una gran mentira, y en mentiras están sustentados nuestros ideales adolescentes... Una ilusión coreografiada que nos hizo creer que con un beso de dos niñas en el escenario se podía cambiar el mundo, pero ni siquiera se pudo ganar Eurovisión.



Estar de cuarentena ha provocado que las semanas sean densamente monótonas. Ahora tengo la rutina que he intentado evitar desde que era pequeño soñando con tener una vida llena de aventuras. Pero las únicas aventuras que he vivido han sido provocadas por la noche y mi entrega absoluta a sus subidones y resacas. Con la pandemia, todo esto se ha interrumpido repentinamente. Un corte de digestión por bañarnos en la piscina después de comer, sin previo aviso. Como La Lanzadera del Parque de Atracciones de Madrid: caída libre desde 63 metros de altura a una velocidad de 80 kilómetros

por hora. Nunca me gustó mucho esa atracción, y menos sabiendo que para construirla tuvieron que derribar el gran árbol que alojaba un restaurante en su copa y que fue símbolo del parque. Representaba el sueño de todo niño: una casa en el árbol. Y es que hace un mes estábamos organizando todo un año de fiestas, conciertos, festivales y viajes, y sin darnos cuenta nuestras vidas, tal y como las habíamos proyectado, nos han sido arrebatadas, han talado nuestra casa en el árbol. Pero no pasa nada, podemos resituarnos.

Es normal que la caída brusca nos provoque algún que otro mareo. Yo siempre he sido más de montañas rusas, y todo esto que está pasando me recuerda al inicio de la atracción, con una subida lenta, calmada y con un traqueteo mecánico que te acerca suavemente a una caída rápida pero llena de variantes inesperadas. Que si un giro, que si un lupin, que si boca abajo, boca arriba, hacia atrás... La que nos espera es buena, pero estoy seguro de que algo de adrenalina nos generará y nos ayudará a inventarnos maneras de seguir bailando.

El confinamiento nos ha obligado a parar, y cuando pasas mucho rato parado, te da por pensar. Creo que llevo toda mi vida de un lado para otro evitando pensar demasiado, porque cuando pienso de más me pongo triste. Cuando estoy tumbado en mi cama suelo pensar de más: pienso en el techo, en la grieta del techo, en si la grieta del techo es más grieta que antes, en qué pasaría si la grieta creciese hasta tal punto en que la estructura del edificio no podría soportar el peso del piso de arriba. Pienso en mi mismo tumbado en la cama y siendo aplastado por todo aquello que la grieta no pudo aguantar. También pienso en los objetos de mi cuarto que tras el derrumbe me gustaría rescatar en el caso improbable de haber sobrevivido sepultado por los escombros de mi habitación bebiendo mi propia orina para no morir de inanición esperando a que los bomberos me rescatasen después de que un perro percibiese mi olor entre tanta ruina. ¡Dios cómo amo a ese perro! Y siempre que pienso en qué buscaría entre los escombros después del derrumbe, pienso en mis fotos.

En un pequeño aparador cerrado bajo llave guardo tres cajas verdes alargadas de 10 x 15 x 35 cm de dimensión que custodian diez años de fotografías domésticas de las personas y momentos que he atravesado en las noches previas al confinamiento. Cuando podíamos salir. Salir a encontrarnos. Salir a tocarnos. Salir a bailar. Si La Comunidad Tocante ya venía “tocada” tras la crisis del sida, miedo me da pensar en cómo vamos a relacionarnos tras la pandemia. Si el

virus del vih provocó que tuviéramos que poner barreras de látex entre nuestros cuerpos apeleros en la cama... con dos metros de distanciamiento social, mascarillas y guantes, el panorama de la pista de baile parece que va a cambiar radicalmente.

Solo nos quedará esperar a que llegue una resistencia, una lucha por reivindicar nuevas formas. Las nuevas generaciones siempre han luchado por cambiar las cosas; la generación que viene luchará para que vuelvan a ser como antes. Los apeleros ahora serán aquellos que respiren sin filtro y acaricien sin gel hidroalcohólico ni guantes. Me imagino un sótano oscuro, cuna del nuevo underground, donde los jóvenes vayan a intercambiar sudor y donde las mascarillas solo sean un complemento de moda. Primavera/verano 2020, el futuro distópico acaba de empezar.



Mis tres cajas verdes funcionan como la caja negra de un avión estrellado. Contienen la información de navegación que precede al impacto. En lugar de bytes de información, tengo cientos de fotos de 10 x 15 cm impresos a una cara. La última foto que saqué fue de una multitud apelotonada en la pista de baile de la discoteca Mondo adorando al dj en su eucaristía low-techno. Hacía tiempo que quería tomar una foto así, de la escena, y va a pasar mucho tiempo para que podamos volver a ver una imagen parecida. La Generación Desechable está desechada. Cambio de paradigma, cambio de escena, cambio de carrete.

El proyecto ha llegado a su fin. Diez años de retratos en fiestas donde la gente te pisaba y empujaba al bailar. Ahora solo hago pogos con las ondas del wifi. Las pistas de baile han pasado a ser virtuales, y eso no me interesa tanto. No me interesa nada. Las fiestas en streaming me ponen triste y desvirtúan todo lo que una buena fiesta debe ser: hablar con tu amiga colocadas en la entrada de la discoteca mientras te fumas un pití bebiendo una lata para no gastar dentro, bailar la banda sonora de tu generación, compartir sudor y besos con otros cuerpos de baile, conocer a nuevos mejores amigos en los baños, pedir hojas de reclamaciones a los puertos para defender la libertad de tus hermanas...

Quiero pistas de baile y no pantallas. Las fiestas que llaman “del futuro”, se parecen más a un videojuego, no dejan de ser un simulacro. Un simulacro de fiesta que me recuerda a ese momento de clarividencia en mitad del after en el que el colocón de la droga te da un respiro y ves todo desde fuera y te encuentras rodeado de zombies bailando alienados por una música eternamente monótona. Ese momento en el que sientes que ya es hora de volver a casa.

En internet el tiempo no existe, por lo que nunca se hace de noche. Las fiestas digitales son como un mal ketazo: te sientes solo y fuera de lugar en una dimensión abstracta.

Nos estamos adentrando en una era en la que las fiestas son malos viajes y el fotógrafo es un capturador de pantallas. Si yo usaba cámaras desechables, era para dar un solo click al botón para hacer la foto y olvidarme del resto. Tener que dar click a tres teclas a la vez es demasiado cambio. ComandoMayúscula3.

Todo el proyecto nace, precisamente, en la década de los noventa, con el click de las cámaras desechables de un solo uso. De esas que te comprabas cuando te ibas de vacaciones o de campamento. Porque claro, no había móviles, o los que había sin duda no eran para los niños y menos aún tenían cámara incorporada. La opción más segura para que un chaval tuviese recuerdos del campamento sin poner en riesgo la seguridad de aparatos caros era esa, cámaras de usar y tirar. Pero un niño de ocho años tampoco tiene muy muy claro qué es lo que hay que fotografiar para generar un álbum. Cuando alguien se enfrenta por primera vez a coger una cámara, normalmente no se plantea muy seriamente qué hacer con ella. Toma la foto y punto. Pero yo en aquel verano del 99 en el campamento tuve un objetivo muy concreto: retratar los rostros de aquellas personas que me hicieron sentir parte de algo. Bajo esta premisa, el último día de campamento, mientras todos los chavales recogían sus cosas, yo visité a mis amigas de la cabaña 4 y les pedí una a una que me acompañasen al porche de la caseta para hacerles un retrato. Aquella fue la primera vez que sentí pena verdadera por despedirme de alguien. Recuerdo que terminé llorando en brazos de mi monitor cuando bajamos del autobús de vuelta a Madrid donde nos recogerían nuestros padres. No quería regresar a mi realidad. Los primeros meses me intercambié algunas cartas con las chicas del campamento pero nuestra amistad se fue desvaneciendo con el tiempo. Jamás las volví a ver. Pero todavía guardo en mi cajón las fotografías de seis niñas en la puerta de una cabaña de madera de un campamento de

verano en la sierra de Madrid. Mal encuadradas y con mi dedo asomando por el objetivo. Cuanto peores son las fotografías, más nítidos son los recuerdos.

No fue hasta que entré en la universidad cuando volví a tomar contacto con este tipo de cámaras. De adolescente tuve alguna de esas cámaras digitales que tomaban unas fotografías horribles con un calibrado de color y contraste bastante desagradable. Con estas cámaras realicé mis primeras fotos artísticas y me acompañaron en todas las idas y venidas con mis amigas del instituto. De esas fotos no conservo ninguna, de aquellas amistades tampoco. Todo ese material desapareció porque jamás fue tangible. Los píxeles se evaporaron con el tiempo.

Cuando entré en la Facultad de Bellas Artes no tenía muy claro lo que consistía ser “artista”. Si algo sabía es que estaba harto de estudiar en la biblioteca y que quería aprovechar los cinco años de la licenciatura para vivir y ampliar las acotadas fronteras del mundo que mis padres me habían dibujado. Y así es como conocí a Inés, mi nuevo flechazo de amistad. Inés era todo lo que necesitaba en ese momento. Una amiga que me abriera las puertas de otro Madrid y me recordara la existencia de las cámaras desechables. Ella entró en la facultad siendo ya una artista y admiraba muchísimo el aura que emanaba. Había empezado a salir de fiesta con otros amigos de la facultad, pero cuando empecé a hacerlo con ella todo adquirió una dimensión especial. Teníamos una complicidad preciosa. Éramos dos duendecillos nocturnos en busca de aventuras. Inés fue la primera persona con la que salí del armario. Nos recuerdo perfectamente en un vagón del metro de Madrid de camino a una discoteca. El Elástico probablemente. Por aquella época todo giraba en torno al Elástico de la Sala Wind: conseguir los preciados flyers que te daban acceso gratuito al club, llevar un buen look moderno a la par que vintage y por supuesto, conocer a la gente cool & sexy de Madrid.

En esa época creía que la moda y molar eran fundamental para labrarse una carrera y un status. Y desde luego que ayuda, pero rodearte de tanta petarda barata tiene su precio, y yo me quedé sin cash para aguantarlas. Pero antes de que eso pasara, invertí mucho tiempo y charming en conocer a todo el mundo de la escena. Pasé de no tener casi amigos a tener una lista kilométrica de gente con la que salir. Y si nadie podía, salía yo solo para conocer a más gente. Como esta actitud favorable a la nocturnidad competía directamente contra mi vida diurna en la facultad, decidí sacar algo de provecho que me ayudara en ambos bandos. Por un lado me hice relaciones públicas de discotecas como Zombie

o Stardust de tal forma que la fiesta me saliera económicamente rentable, y por el otro, convertí la pista de baile en mi estudio de trabajo retratando a los personajes que conmigo a la noche se entregaban. Al igual que en aquella cabaña del campamento en la sierra de Madrid, estos últimos diez años he ido retratando a las personas que de alguna forma u otra me parecía que emanaban algo de luz en la noche. Documentos azarosos y con pretensión doméstica que con su acumulación a lo largo de los años han adquirido un estatus de Archivo. Y como en aquella época estaba muy de moda denominar absurdamente a las generaciones, yo bauticé a la mía La Generación Desechable.

En un gesto inocente de usar el adjetivo de la herramienta de trabajo para calificar al objeto de estudio, asumía inconscientemente que todo aquello que entre nosotros estaba sucediendo, en realidad no eran más que un cúmulo de amistades de usar y tirar.

Si hubiese conocido antes a Samanta Hudson, habría llamado al proyecto *CASPER*: espectro de los 90, porque es el único concepto que define con certeza lo que he sido: un niño fantasma que busca tener amigos.

Si la noche me ha dado muchas amistades superfluas, la fotografía sin embargo me ha dado mejores frutos. Gracias a un simple flashazo en una noche random he conocido a grandes amantes, amigos y enemigos. Por lo que he podido comprobar en el transcurso en mi carrera nocturna, algunas de las personas más importantes que he conocido y he fotografiado, han aportado su esencia a la cultura club de Madrid, haciendo de ésta un corazón que sigue latiendo década tras década a pesar de las dificultades que tenemos los jóvenes de alimentar la escena de una ciudad que no la protege ni apoya. Temporada tras temporada, gracias a las ganas y el buen hacer de pequeños colectivos así como la voluntad y el amor de personas concretas, la noche de Madrid sigue debatiéndose entre la vida y la muerte. Madrid is not dead, y en cada fiesta hemos demostrado que hacemos honor a la herencia que emana de lo germinado por nuestra generación anterior durante La Movida. Pero todo esto se acabó. Efectivamente, Coronavirus killed Madrid. Ahora solo nos queda comer techo.



Las tres cajas de cartón verde llenas de retratos son un archivo de testimonios de una generación. Pero las imágenes deben ser contextualizadas para entenderse. Por ello decidí ordenar todo el material en formato de revista autoeditada. Cada número funciona como un carrito ficticio de 24 fotogramas haciendo una analogía con el número de exposiciones que incluyen las películas de 35mm de las cámaras desechables. Las imágenes son seleccionadas por diferentes personajes de la noche madrileña que visitaron el archivo de fotos escogiendo 24 entre montones y montones de copias mientras divagábamos por los recuerdos de las maravillosas desventuras que nos ha traído la juerga por la juerga.

Cada testimonio narrado durante el visionado de las fotografías ha sido transcrito en forma de relato pasando a acompañar a las imágenes a modo de pie de foto aportando una atmósfera de reflexiones y viajes por anécdotas, clubs míticos, fiestas memorables, drogas de moda y grandes resacas. Todos los textos que se han publicado en la colección están incluidos en este glosario de la noche titulado *COMER TECHNO, BAILAR TECHO*.

El libro *COMER TECHNO, BAILAR TECHO* pone fin al proyecto que me ha ido acompañando todos estos años de raves, fiestas y afters. Todo lo que tenga que pasar después del 2020 tendrá otro significado y mis ojos lo mirarán de otra manera. Esta década de retratos quedará plasmada en la colección de fanzines de *WE ARE MAG* con sus números publicados y otros tanto que quedan por publicar. Aunque el archivo de fotografías no crezca más, todavía quedan muchas imágenes de momentos icónicos que rescatar de las tres cajas verdes y muchos testimonios que revelar.

Hasta hoy se han publicado cinco números de la revista, a los que hay que añadir dos números más que están en camino y otros dos números especiales titulados *TRIFI* dedicados a las escenas clubs de Montevideo y Bilbao. Las personas que han participado en el proyecto como curadores de los distintos números de la colección han seleccionado las fotografías y escrito el texto editorial que las acompaña dando título a los fanzines. Los textos que conforman la colección y que a continuación se incluyen son *Lo que estamos siendo* que funciona como manifiesto, sinopsis y posicionamiento generacional del proyecto; *Papel Deseo* poema de Alejandro Simón, el que fue un gran y bonito amigo a la vez que partner in crime en las mejores noches de mi vida; *Huelga Humana* escrito por Ro Gotelé, mi maestra dj y quien me introdujo en la escena underground del extrarradio de Madrid; *40 gramos de speed* narrado por Andrea

Ferrer (La Boli), torbellino que me ha arrastrado a los afters más divertidos e infinitos; *They see the light* una entrevista a Sansanonasnas, madre queer y diva monstrea por excelencia; *Flor en extinción* recitado por Jovendelaperla, mi ahijada y la agitadora más vanguardista de la escena actual y *La noche no es para mí* de Samantha Hudson, el mejor icono pop que España ha podido engendrar.

En otro bloque se encuentran los textos incluidos en los números especiales de *TRIFI* realizados durante residencias artísticas en diferentes ciudades del mundo a las que viajó para descubrir sus escenas club y conocer y retratar a sus personajes. Hasta la fecha hay editados dos volúmenes: *Acá, la otra* comisariado por Agustín Míguez, mi guía por las tiernas noches de Montevideo y *La Juventud Radiante* comisariado por Cachorro Lozano, mi amor y familia que me ha invitado a vivir Bilbao como un hogar.

El epílogo final es obra de La Santamari(c)a, un bonito y amargo cierre titulado *Resonancias* escrito con una cruda honestidad que deja un regustillo amargo para muchas de nosotras que con el 2020 hemos perdido nuestros sueños de juventud.



En la nochevieja del 2019 al 2020, mis amigas y yo nos tomamos las tradicionales 12 uvas mojadas en MDMA. Era el segundo año que pasábamos el fin de año juntas. Es raro porque la mayoría de los jóvenes que viven en Madrid regresan a sus lugares de origen a celebrar la entrada del año nuevo con sus familias. Pero nosotras nos juntamos de nuevo en AVECILLA asentando lo que podría convertirse en una nueva tradición. Cada una preparó un plato para compartir entre todas, nos hicimos una polaroid todas juntas y bailamos Bad Gyal como locas. *Open the door* es nuestro himno para esta noche y con orgullo es la primera canción que nos obligamos a escuchar en el nuevo año tras las doce campanadas. *Open the door, I'll give you love* es nuestro lema del 2020: El Año del Amor. Teníamos tantos planes... ¡Iba a ser nuestro año! Y de alguna forma lo ha sido. Desde luego, un año que no vamos a olvidar en la vida. Un año sobre el que se crearán cientos de novelas, películas y canciones que hablarán de nosotras.

Pienso en una playlist para un futuro incierto liderada por Lana del Rey cantándonos *Feet don't fail me now*... Pienso mucho en todas las canciones que quiero pinchar en el primer Puñal Dorao que podamos celebrar cuando todo esto pase. Cuanto podamos volver a las pistas de baile.

Hasta entonces solo pido una cosa: Por favor, pies, no me falléis ahora, porque aunque hayamos nacido para morir, aún nos queda mucho por bailar.

Feet don't fail me now
→

“Feet don't fail me now” fue escrito por ALEJANDRIA como prólogo para este libro que acompaña a la exposición homónima inaugurada en septiembre de 2020 en Fundación BilbaoArte.



foto 4 →

Pista de baile del
club Mondo.
Madrid, 2019





foto 5 →

Espectadores del
concierto de Charli
XCX en La Riviera.
Madrid, 2019

**RETRATOS DE UNA GENERACIÓN DESECHABLE
EN LA DÉCADA DE LOS 2010**



foto 6 →
Alba Galocha
posando con el culo
del dj Meneo en el
club Pantera en la
sala Pirandello.
Madrid, 2010

En tiempos de crisis, de tumores y de promesas incumplidas, a la generación de jóvenes del aquí y ahora solo nos queda una alternativa: la revuelta o la emancipación. Bienvenidos al Madrid post-apocalíptico.

Ser joven es un posicionamiento político, un estrato social marginal y un estado de constante reivindicación. Desde que la juventud se consolida como un periodo vital transitorio entre la niñez y la edad adulta, todo individuo ha sido considerado joven durante más o menos tiempo, pero no necesariamente ha actuado como tal. Grupos de teenagers asociados entre sí por vínculos emocionales debido a una mera coincidencia espacio-temporal, han sentido la pulsión de revelarse y la necesidad de definir nuevas pautas de comportamiento. La rebelión cíclica viene dada por la voluntad de progresar como especie y es sólo en ese periodo concreto de la vida, en el que uno deja de aceptar la doctrina que le ha sido vertida para empezar a crear la suya propia; cuando estamos preparados para aportar algo a la comunidad. Porque de eso puede ir la juventud, de aportar aire fresco a un mundo en continua putrefacción. Aportar actos que serán mal vistos por nuestros coetáneos pero admirados por los que vendrán después. Porque ser joven no es un ciclo pasajero, es una actitud.

La revuelta es la opción de la agitación violenta. Ocurre cuando la nueva generación intenta cambiar lo establecido y se manifiesta en términos de rebeldía. Los jóvenes somos los nuevos individuos que debemos manejarnos en un entorno hostil que heredaremos. En la etapa de crecimiento, la generación adulta ya asentada y poseedora de los cargos de poder es la que determina las coordenadas y pautas educativas por las cuales los nuevos miembros hemos de ser filtrados. Es durante este proceso de adoctrinamiento, que culmina con el despertar sexual, cuando nos sentimos capacitados para la declaración de independencia y proclamamos nuestra autonomía. Pero como las estructuras están sólidamente fijadas por la tradición, los jóvenes per se nos encontramos siempre con un muro infranqueable. La función del joven como tal no es otra que la de derribar este muro engañado por ideales ficticios. La revuelta queda definida como la lucha por modificar los pilares de las sociedades en las que nos criamos por no ser capaces de asumirlos como propios. La guerrilla adolescente se formula como la estrategia base para el enfrentamiento y la desobediencia civil se configura como una reacción madurada de los actos vandálicos iniciados en la pubertad. Cuando ya no hay mandatarios y el mundo comienza a ser nuestro.

La desactivación es la opción de la pasividad emancipada. En una sociedad civil en la que el progreso y la producción son la base del capitalismo, la mejor opción para aquellos jóvenes del mundo que tomamos conciencia de la realidad, es precisamente huir de ella. Para escapar a interzonas existen varios medios descubiertos y elaborados por la necesidad y experiencia empírica de las comunas. La tecnología desarrollada como billete a ninguna parte en forma de pastillas y polvo de hadas. La química, ingerida en el submundo para elevarnos al cielo. El club se configura como el lugar de reunión y el escenario preferente para el éxtasis colectivo. Siempre bajando escaleras para aproximarnos al volumen de la electrónica de ultratumba. En la convulsión de la danza tribal, la alienación queda extirpada de los cuerpos. Se trata de los microestados nómadas y de fronteras líquidas, zonas temporalmente autónomas donde atravesar la aduana implica la ingesta de bebidas tóxicas, la inyección de sustancias corrosivas o la aspiración de hierbas psicotrópicas. Donde solo importamos aquí y ahora, nosotros, abandonados a la eternidad del techno. Donde asumimos que nuestros cuerpos se están consumiendo puesto que hemos sido educados para provocar su consumo. Consumirnos en la noche, en la embriaguez, en la adicción... en la apariencia camuflada entre luces estroboscópicas.

A la juventud de hoy día se nos procura encontrar un calificativo o un apodo bajo el que bautizarnos. La imposición de estos títulos es una estrategia para poder abarcar e intentar comprender a las masas de jóvenes que estamos merodeando actualmente. Pero el problema está cuando esta adjetivación es impuesta de manera ajena y realizada bajo una perspectiva de estudio y de archivo; y no queremos ser analizados. Queremos ser escuchados puesto que conspiramos una sublevación que será recordada. Nos han llamado generación perdida, situacionistas, letristas, hedonistas, terroristas, hippies, yippies, yonquis, punks, real-viscelastistas, desobedientes, vándalos, anti-sistema, anarquistas ontológicos, raveros, modernos, suicidas, paganos, chaperos, putas, maricas, bolleras, post-, trans-, meta-, trash, hustlers, losers, lovers, homeless, dreamers, criatures of the social wildlife, hijos de la turba, rebeldes sin causa, vagos y maleantes, camellos, cocainómanos, rockeros, desviados, inadaptados, mal-hablados y degenerados. Pero nos da igual, puesto que todos somos o fuimos, en definitiva, utopistas. Porque el pensamiento utópico es el modo que tiene la juventud de percibir y relacionarse con el mundo que le toca; la pulsión de querer cambiarlo. Cuando de todo esperas todo y más. Cuando un objetivo ficticio es causa suficiente para vivir errante, para estar en un permanente estado de suspensión.

Ser joven es una invención moderna, pero fuimos educados con esa promesa incumplida de juventud que no llega. En el postapocalipsis todo son decepciones y traumas ya que cada vez es más difícil disfrutar del gerundio. Somos una generación desperdiciada y desechada. Pero no debemos sentirnos ni orgullosos ni especiales de ser lo que estamos siendo, porque siempre habrá otros jóvenes que como nosotros repetirán los mismos patrones. El patrón de la huida o el de la revolución. Aunque antes de sucumbir a la decadencia y tener que ceder el trono y protagonismo, nuestra labor, además de gozar dicha suspensión, es la de retratarnos en un intento de ser recordados y que nuestra lucha y nuestra presencia permanezca así en la memoria. Pasaremos a ser fantasmagorías del recuerdo para poder demostrar que nosotros también lo intentamos, que nosotros también estuvimos. Es hora de controlar lo que se dirá de nosotros, de tomar perspectiva de las vivencias actuales desde la clandestinidad para lograr una documentación verídica de lo que estamos siendo. Citarnos a nosotros mismos para conseguir que no se desvirtúe nuestra desechabilidad. Porque si algo es nuestro es eso, nuestra condición de ser productos de usar y tirar.

Cause we are the disposable generation.

teoría 1 ↴
“Lo que estamos siendo” fue escrito por ALEJANDRIA en 2015 para el primer número del fanzine WE ARE.



foto 7 →

Ciccio en el concierto
de The Blaze en el
festival BBK.
Bilbao, 2019





PAPEL DESEO

ALEJANDRO SIMÓN



foto 8 →
Butanero anónimo
fotografiado en
La Latina.
Madrid, s.f.

Después de cruzar plaza Santo Domingo pasitos antes de sala cool metiste el brazo entre mi nuca y capucha. A un año nos conocimos por una de tus fotos. mynameis___ y ahora describiéndome instantánea para esta sujeta obediente metáfora cámara cartón
Aquí una letrita ¥ mientras

tiras de carrete
7 € por 24 que tiene el carrete.
Reciclas el cartón. Loco pensarse imagen que ahora escribe

por todas ¿ ?

Vér pp.

Se transforma el medio al full HD, barba full HD, color pelo full HD... pero éstas... que las caras se envían al mundo común sin nombre
La intención quisiera:

mostrar aquel rostro que era lo más la manera que era trend que encontrabas en huecos del megatrón
tiempo palma, nosotras

ninguna en libre producción de sentido

imagen incita texto. Los cuerpos seducen el pensamiento. De ningún modo subiría mi foto a hablar por mí.

En absoluto para hablar por todas. Esto es edición. Edit, no nature. Ahora subo a mi instagram @alejndrosimon me estoy soltando, doy la cara
mi perfil bueno. suministro. no hay para apellido. Simón es él, es niña, personaje de novela, lindo putito. Es no tiene precio -peor- que vale pocas **ptas** poner tu cara poner tu cuerpo
tu tiempo queja réplica y culo al servicio de

re wind
\$

Ni de coña pagamos, no tenemos, nunca pago, dos copas gratis sure. Y pasamos otra plaza y dijiste que a ver, que luego la gente no baila, deberían pedir carta de motivación para entrar en una fiesta en lugar del DNI o de tu condición o de tu ropa. Ahora los niños de mi pueblo dejaron su gorrilla pa ponerse la de poli. Ahora la secreta viste como un ciudadano medio, se cuelan en un after-dinero-rosa y le encasquetan la bolsita al chava que estaba pinchando por deseo. Ahora los cuerpos no se derriten en Sol. Volviendo justo al infierno de una noche. histeria colectiva no es política también, neófito corte línea recta
en suspensión

revés de foto pone Kodak, contra
nocturno
paso de baile vídeo videoclip.
Expansivas
pa fuera hacia nosotras escupitajo que
estamos por encima de aquello de esto
de lo otro.
Pero sin nombres, aunque se empeñe
el pic

de foto cámara forma en
flash: imagen corre más que letra

palabra,

que cuando ese baile es hacia dentro,
hacia lo tuyo singular, tuyo particular
gesto, es que alguna pastí empuja a
encontrarte. en esas siempre sola.
comparte por un beso. da sudor a otra
que baila tan pa dentro como mío.
por ahí que algo de amor aunque sea
del poli

específicas gentes no más, en cuanto
amistad es foto. *Click* que el tiempo
no se pierde se fija. Cultivar quiere de
estaciones. dos. 120 días +/-

...no podría proyectar
manso crítico patito
escribir sin duda son

tres minutos máx de vídeo clip
compartir con...
ya le vi la ca ra,
pulso next

click
flashazo, a la fuerza, al azar, a primera
vista,
a grito pelao, a toda leche
toda leche en tu cara
toallita culo bebé
cara nueva

No de AHORA

trabajos de la noche

no ve: me curro a este a esta

¿ qué tu piensas ?

Ella no quiere de yo

Conversa con su cara

pregunta primero

das mejor boca

y de un momento a otra

todas somos

cosa

excedente

producción

desechable

alguna sobrevive superficie retina:

para soñarla mientras no se cruza con
la mía

alonso en el muro / gatito toma el sol
/ dj y castigo / oriente rayo naranja /
fluye fucsia / grito callado / arete
con bolas / palos de golf y SAMUR /
puerta de león / arabic type / iuesei /
gorrita otra vez / cigarrito alemania /
open demin

y si eso ocurre

ojalá me pida

deseo

* Retrato de chico con bombona de
butano y camiseta capitel hojas de
acanto

woow éste woow se queda

y te dices

deja leer impreso está escrito de lo otro
común, distinto común al de antes.
en la calle a luz. otras de interior
donde está la mía ya sé. esa cara tatu
camiseta bombona se encantan sin
tregua, en ausencia de lenguaje de
música

Hacia ella toma sentido

Cosas que interpreta:

a ella → foto

al chico

a la vida que cuide

foto 2 →

“Papel Deseo” fue
escrito por Alejandro
Simón en 2016 para
el segundo número
del fanzine WE ARE.



foto 9
→
Otto durmiendo
en un banco de
Lavapiés.
Madrid, 2015





foto 10
←

Vicky Díaz en la
fiesta Que Trabaje
Rita!
Madrid, 2016

vive enfrente nuestro una mujer,
supongo que tendrá cuarenta y
muchos. Vive sola.

ahora es verano, todas las ventanas
están abiertas. Su casa tiene un
balcón, sólo suelo verla cuando está
allí, así que para mi siempre está en el
balcón. Al balcón se accede desde el
salón y la cocina, lugares que ya sólo
usa como pasillos.

Hay tres toldos, que ella maneja
metódicamente, como si se tratara
de las velas de un barco. Los pliega,
despliega o les da una inclinación
determinada según la hora del día.
Hay días que varía, dependiendo del
calor.

paseo por el barrio, por vista alegre
los edificios son iguales, estilo
proletario: la misma altura, el mismo
ladrillo barato, las mismas ventanas
disfuncionales de aluminio, y las más
afortunadas tienen una migaja de
espacio abierto.

vuelvo a casa y miro la casa de la
vecina, pienso que su balcón no es un
trozo de suelo insignificante y gris en
ese edificio mal hecho de los sesenta,
sino un pequeño remanso flotante.

La llamamos la mujer sin cara, cuando
anda los toldos la tapan de hombros
para arriba, y cuando se sienta en su
silla de playa la ocultan las macetas
colgadas en la barandilla.
a veces pudimos haberle visto la cara
en el portal, pero siempre lo evitamos.

A todas las suposiciones de cómo es
ella le dimos un aire misterioso
se sienta y lee algo durante horas,
muy quieta, fuma, con calma, tiene
un cenicero de pie al lado de la silla, a
veces picotea mientras, sólo seguimos
sus manos.

riega cada dos días
una semana se dedicó a lijar algo, se
hizo una mesita de trabajo con una
máquina imposible que acabó por
descartar

nunca la pillé mirando, pero
pongamos que nos mira, así a
escondidas

nuestra casa no tiene ni toldos ni
plantas en las ventanas, tampoco
tenemos su destreza con las persianas,
y siempre es demasiado tarde cuando
pensamos en bajarlas, así que se nos ve
nítidamente noche y día.

bueno, ahí está ella, agachada entre
el toldo y la maceta. Se oía un tarareo
y una música alta, le sorprendió que
estuviéramos escuchando la madrugá
y se asomó, ninguna la vimos. No supo
seguro cuántas éramos en la casa,
nos movíamos por el salón y alguna
entraba y salía de algún cuarto. A
veces le pareció que éramos la misma
persona caminando rápido.
piensa que somos más jóvenes de lo
que somos, quizás seamos más jóvenes
de lo que somos.
suenan las campanas y salgo a la

ventana con simon en los brazos para que las vea moverse, le encantan las pampas. La vecina se esconde en una parte cubierta de la barandilla y se queda ahí, sentada, con la espalda apoyada en los barrotes. me hubiese encantado verla esconderse, yo siempre deseo que me vea mirándola

fantaseo con que le intrigamos, que le atraiga que a veces haya una niña, que escuchemos reguetón, techno o un paso de procesión, que estemos mucho tiempo en casa, que no madrugemos, que a menudo pasen gentes distintas con las que hablamos, bailamos, comemos o nos tocamos ¿es mucho pedir un poquito de interés? ¿acaso no somos lo suficientemente peculiares? porque me lo inventé todo, lo cierto es que nunca nos mira, que le damos igual, y de verdad que estamos separadas por escasos seis metros, simulando vidas aisladas por dudosos muros, hay que hacer casi un esfuerzo por no vernos y escucharnos.

así que la descubro acomodada en la otredad. Sin cara, sin gesto, sin curiosidad de vuelta. yo resisto porque la veo bonito ¿cómo aguanta ella sin mirarnos? estoy decidida a acabar con esa cadena de menosprecio que articula gentes y hace mundo. Temo que sentenciar sea lo mío, pero no pienso

entregarme a este ninguneo. Planeé hacer pancartas, ondear un trapo o iluminarme la cara con una linterna y mirarla fijamente, pero sospecho que esto no va a servir para acercarnos.

Y pasaron el verano y los calores y ya no la vemos casi. Ahora sale a la calle a una hora a la que ni la veo irse. Y ya no la quiero tanto, quizás se trataba de eso, que durante un rato me encontré con ella en un ritmo conocido.

Me pongo la alarma a las siete de la mañana, casi no puedo dormir sabiendo que va a sonar. Por fin suena y acabo con el intento de descansar un poco, no me acostumbro a dormir sabiendo cuándo es el final. Me levanto y enciendo la luz de la cocina, estoy muerta. Hago un café y miro por la ventana, la luz de la vecina está encendida. Llevo una semana madrugando haciendo el paripé. Ella se levanta a la misma hora y sale cuarenta minutos más tarde, a las ocho menos veinte. Miro el móvil, son casi las ocho. La vecina apaga la luz. Bajo las escaleras, nos encontramos en la calle. Ella va a trabajar. Torpemente le grito algo así como qué bien que se acaba la semana ya. Ni me oye, va corriendo. Doy una vuelta a la manzana y vuelvo a casa a dormir.

ahora entiendo perfectamente que ni me vea ni me oiga ni le interese saber

que hay gente que duerme más allá de las siete y que va haciendo el día. Lo que no entiendo es que se espere de mí que elija eso. Y es que prefiero una precariedad tranquila y desear que los ratos se dilaten a que se acaben y tomarnos el tiempo para poder decidir cómo hacemos las cosas y qué cosas y juntas

y me acuerdo de algo que escribieron nuestras amigas hace ya y se lo echo en el buzón

*la huelga humana, hoy, es
rechazar jugar el rol de la víctima.
Atacar este rol.
Arrogarse la impunidad.
Hacer comprender a los ciudadanos pasmados
que aunque no entren en la guerra están de
todos modos. Que allí donde SE nos dice que
es eso o morir; es siempre en realidad
eso y morir.*



325

foto M →

Pareja de skinheads
en una fiesta de
Vaciador 34.
Madrid, s.f.





foto 12 →
Santa K besando a
Pato a la salida del
desfile de 44Studio.
Madrid, 2018

Vamos hablando de lo que te apetezca. Te puedo contar millones de historias. ¿Qué quieres? ¿Luz? ¿Oscuridad? ¿Que te hable de Madrid? Madrid para mí es una de las ciudades más increíbles del mundo donde hay mucho movimiento, pasan cosas increíbles todo el rato y en la que hay gente espectacular con un talento inigualable. He vivido mucho tiempo aquí y llevo saliendo desde que tengo 15 años... He pasado por la época SOMA, por COPPELIA, por un momento de oscuridad en el que dejó de existir todo pero apareció el STARDUST, después llegó ZOMBIE, ahora está CHACHÁ... Yo creo que Madrid ha tenido muchos momentos sabes? muchas historias.

Recuerdo cuando ibas al SOMA y te encontrabas a la ravera de turno, los alternativos de aquella época, las electroclash, los góticos, los rockeros... yo eso lo he llegado a vivir. Eso ahora no lo hay. Ya no hay verdaderas subculturas. Ahora todos los niños y niñas son o palomos o bershkatraperos. Es así. Por eso me gusta mucho ir a Vallecas o a Carabanchel. De una misma vez te puedes encontrar un bar de bolivianos, un bar de skinheads, un bar de rockeros, un bar de flamenco... que aún conviven esas realidades. Porque en el centro a parte de Chachá solo queda Stardust que es de cucarachas con capas negras. La gente que va ahora es puro paqueteo y muy de

pastillukis. Adoro a Sarita pero tío... creo que todos los garitos tienen que nacer, reproducirse, vivirlo y morir. Y hay que saber cuando morir.

Cuando yo empecé a salir, Stardust era un after en Amaniel donde pinchaban Coco y Mario. Íbamos todos después del Coppelia de after y eso era un sueño... un dream. La gente flipaba. Recuerdo ir a casa de un pive, de pronto un abogado me acuerdo de Patxi, un tío que tenía en su casa 5mil vinilos. ¡Tú sabes lo que es estar en un after y el tío “venga vinilo de tal y buuum buuum” pero todo como joyas! Y ahora te vas de after a casa de la gente y es “venga cariño C. Tangana, C. noséqué...”. Ha cambiado tanto la manera de divertirse, de todo... que no sé... me digo... soy una vieja ya, soy una pergamina. Y me siento la típica pesada que está todo el rato “¡antes todo era mejor!”. El ocio nocturno se ha degradado y el problema es que no hay nadie que aporte nada diferente, porque para que nos vean a nosotras que nos tienen más vistas que el tebeo pinchando Whitney Houston... pues cariño pa’ eso nos vamos a casa todas y hacemos un after. Evidentemente me encantaría hacer algo mucho mas trash y arrastrar a la gente a Vallecas... pero la gente a Vallecas no viene. Yo soy muy pro fuera del centro. Madrid se ha convertido en una ciudad mega gentrificada con los precios cada vez más caros, y cuanto más caro, más se

va todo a la mierda sabes? La fiesta, la gente... da pena. Aunque en Madrid hay espacios como Vaciador o Abismal que son un sueño y la gente no va porque no hay una Andrea Vandall que lo mueva. Es que es eso tío, una cuestión de imagen, de cómo lo vendas. Porque si eres Andrea Vandall y dices la fiesta es aquí, ya verás cómo la gente empieza a mover el culo. Porque ellas a parte de mover una fiesta que lo peta están todo el rato en redes sociales “qué guapa soy, cómo molo, llevo un noséqué...”. Todo eso está en la experiencia sabes? y en el rollo aspiracional. Vale me estoy poniendo muy publicitaria pero créeme porque es real. Ellas son aspiracionales para los niños paletusquis que vienen de Cuenca que quieren sentirse parte de ese movimiento. Aunque a mí me parece un movimiento de pedo en la cara. Tampoco hay mucho más. Bueno está SIROCO que tiene buena música y siempre lo peta, pero es de gente más pureta, más mayor. Lo que pasa que ellas a ese rollo de trap le añaden el rollo de “molamos” y claro la gente se muere por molar. La gente lo único que quiere ahora es selfie, molar, 15mil likes, lookazo, ir todo el día vestida de Moschino y fama. O sea por culpa de instagram la gente está cambiando completamente. Al final empiezas a tirar del hilo y no hay nada. Lo único que quieren es ser famosas. Claro ven a gente como Sita, stories, las redes, niños de pueblos que se han convertido

en Dulceidas y tal... pues claro quieren ser así. Y eso no lo había antes. Porque antes sí que molabas y molaba molar, pero no pilló el momento instagram cuidao. A ver que yo he sido la primera que ha estado en Zombie y se ha creído la más cool and sexy. Pero en Zombie pilló una época que Madrid necesitaba un cambio, lo hubo y la gente lo cogió con muchísimas ganas y todo el mundo gozamos.

Y no sé, siento que se ha perdido la contraculturalidad, todo lo subcultural, que sí que existe pero es como marginal, sabes? Vuelve a un punto muy marginal, cuando antes era lo que movía Madrid. O sea rollo Malasaña, los rockeros, las pastilleras, el NASTI... ¡yo me he criado en el Nasti también bailando!, todas las poperas, no sé... los mods por otro lao en otro bar... Eso se ha perdido. Ahora ya todo es puro mainstream: que si el trap, ellas vestida de Bershka, los Palomo y ciao. Lo auténtico está en el extrarradio. En el LUPITA en Vallecas por ejemplo, un sitio súper divino, que cada vez que vamos lloramos, bailamos todo el rato, la gente es de verdad, con bailes en directo.... Pero la peña es muy snob para ir ahí. A mí eso me hace feliz, es una maravilla, ves otras cosas, otra música... Porque así noches épicas... recuerdo un after cuando empezaba Zombie... ¿Podría ser AGUACATE a lo mejor? Es que Aguacate fue lo más! No, era en CHARADA. Pues

nos fuimos todas las pivas cool and sexy a casa de Águeda y estuvimos como tooodo el día de after en plan poniendo temas súper guays cuando todavía todo era muy natural, cuando Laura y Andrea acababan de llegar; bueno yo ya estaba más podrida de salir que... pero era como gente nueva. Todo era un sentimiento muy de nos estamos conociendo, estamos viviendo un momento increíble de la ciudad, de la música, de un espacio... La recuerdo como una noche muy muy divertida. Y bueno noches divertidísimas cuando la época del Coppelia y tal. Eran afters infinitos de gente con espadas haciendo el loki, yo robando alitas de pollo congeladas, pegando mocos en interruptores, metiendo mierdas de perro en vasos de cóctel... Que ese día me estoy acordando que nos comimos 40 gramos de speed. O sea fuimos, me acuerdo con un tío con el que me lié yo. Estábamos en el OMUIÑO y nos dijo "veníros a mi casa que tengo mazo speez". Y nos fuimos como típico after de 15 personas a su casa y venga una bola así tuuu tuuu tuuu. Bueno ese día fuimos al rastro y me robé un vestido de comunión, me dediqué a hacer malabares con una caca de perro, me metí dentro de un armario de cristal con un chaleco salvavidas de avión, lo abrí y se reventó todo el armario, todo el cristal roto... bueno bueno o sea... Luego al día siguiente pesaba 5 kilos menos y me dijo este pive "tía nos hemos metido 40 gramos", bueno

divertidísimo... Había un sentimiento de unión, de algo especial, de que algo estaba pasando. También me acuerdo de la noche que mataron a Coco, que fue bastante fuerte que estábamos después del after y nos llamaron en plan "acaban de asesinar a Coco". Pero la gente seguía saliendo y poniéndose turca. Ha habido una generación de Madrid que estaba muy loca. Pero yo creo que ahora la gente se controla más. Los afters de antes ya no existen. Sí que existen los after chungos pero así de salir a una casa ya solo lo hacen Ana Francesca y Álvaro Poch, ¿me equivoco o no? Ahora el rollo es "yo no me drogo, yo vengo aquí a comer la bolsa, que me vean, hacerme una foto, ver a quién le puedo comer el pene para conseguir un curro y me voy". Es así, es lo que está pasando. Que está muy bien que seas súper ambicioso pero vive la juventud sabes? Porque ese rollo degenera cultura y degenera la fiesta y degenera la noche y degenera todo. Madrid es una ciudad que no se puede entender sin droga, es lo que la hace una ciudad así de efervescente, loca y de perder un poco el juicio. ¿Si tuviera que destacar a alguien? A Marieta Bravo sin duda. Es una tipa digna y auténtica que cuando ha visto que venía esta modernidad pobre y low ha decidido bajarse del carro y ha ido a buscarlo a otros sitios.

"40 gramos de speed"
es un texto resultado
de transcribir una
entrevista a Andrea
Ferrer (La Boli) en
2017 para el cuarto
número del fanzine
WE ARE.



SUICIDAL

foto 13 →

Componente del grupo Dirty Princess subida desnuda a la mesa del dj en el Zombie Club. Madrid, s.f.





THEY SEE THE LIGHT

SANSANONASNAS



foto 14 →

Laura Electoperra
en club Pantera.
Madrid, 2010

Todo cambia. Cambian las fiestas, los lugares, la gente... la memoria empieza a recrearse en aquellas noches y las historias que vivimos, en la gente que conocimos y en cómo sucedió todo. La formación que te da la escuela de la noche a veces es muy divertida y enriquecedora pero otras veces es más amarga. Todos te quieren porque todos están colocados, todos te dicen que son tus amigos y que siempre estarán a tu lado, pero todo es una gran mentira envuelta en un gran disfraz travesti. Yo tuve la gran suerte de vivir una noche madrileña llena de luz y color, de fantasía, de una fantasía que yo mismo creé y que duró 13 años, los mejores años de mi vida...

*let's escape reality
go to our little world of fantasy*

Me acuerdo de la primera vez que fui al FM, una discoteca light en Elda que se llevaba en los 90 a tope y obligué a mi madre a comprarme un peto rojo súper lleno de Cadillacs que tengo teñido de negro, o sea un cuadro. Lo guardo porque fue muy fuerte ese día. Yo tenía una novia que se llamaba Pascua y esa noche pegó a uno porque me llamó maricón. Me acuerdo que falsificábamos el carnet para poder entrar. Imagínate con 13 años la cara de pipiolo que debía tener. Elda es una ciudad bastante grande y siempre ha tenido mucha cultura musical. Había dos calles en forma de T llenas de pubs, de clubs nocturnos... había mucha pasta pero ahora da mucha

pena ir. Ya no tiene nada que ver con la ciudad donde yo me he criado.

Llevo en Madrid 17 años. Con 24 años ya había bebido todo lo imbebible pero nunca me había drogado. La primera vez fue con una raya de cocaína. Me sentó fatal y me jodió la noche y le cogí mucha manía. La coca siempre me ha parecido una droga muy absurda. Te desinhibe, hablas mucho... pero no te da ganas de bailar, ni de moverte, ni de hacer nada. Nunca me ha gustao. Pero la primera vez que me comí una pastilla eso fue... muy fuerte, con Manu. Siempre le digo "tú eres el que me ha iniciado a las drogas". No entendía nada. O sea esos sudores, la boca que se te va a Parla, la mandíbula... Encima con 24 años todo me afectaba de una manera muy dramática. Yo me bebo 2 cervezas y ya estoy pedo. Y con las drogas pues igual. Enseguida las dejé porque no me gustó el rollo y me fui de rehab total. Se me juntaron varias cosas de trabajo, casa, amigos que no son tus amigos pero que tú te crees que son tus amigos... y exploté y me fui a ver a mi padre el día del padre y ya no volví hasta 6 meses después.

*and you dance like nobody's watching
colour pills that made us fly on the Paris night*

Sansanonasnas nace cuando vuelvo a Elda de rehab. Nace de unir la música, la moda y la performance. Sansanonasnas es un palíndromo.

Es como los dos extremos. O sea Sansano soy yo y Onasnas es el artista por decirlo de alguna manera. Sansanonasnas nace de juntar a la persona que va todo los días a trabajar y la persona que trabaja en la noche. En esa época fui conociendo a gente, desfiles, que si Carlos Díez, Locking Shocking... y empecé a entrar en el mundo del arte pero no sabía por dónde iba a salir. En el 2008 ya el bicheo se convirtió en trabajar de performer en un montón de discotecas. Empecé creo que en el 2008 con La Fiestinchi. Fue un verano que Isaac empezó a coser, Cesar Darío estudiaba moda y Manu Bellas Artes y yo trabajaba en Ekseption vendiendo Balenciaga, Gucci, Prada... era un bombardeo constante. Estábamos todo el rato que si moda, fiestas, nos hacíamos unos looks imposibles para salir, y nos ofrecieron montar La Fiestinchi que fue súper pionera. Eran fiestas temáticas en las que tenías que ir montado, producido. Una de las temáticas por ejemplo fue Oda Mae Brown. En RA, una concept store de Amberes, vieron el videoflyer en el que salía mi gata Momia travistiéndose para ir a La Fiestinchi y nos invitaron a que hiciéramos la fiesta. Como fiesta yo creo que ha sido una de las que con mejor gusto he hecho, ¡o sea exportar tu fiesta fuera! Fue lo que me inspiró a hacer performances en La Juan, La Fresh o el desfile *Pasati di Modena* en el Hotel ME.

*what do you want from me?
i can be anything*

En el mundo fiesta hay para todos, lo que pasa es que eso es un poco utópico porque no es así. Es igual que en el comercio. Hay peces gordos que se llenan las manos con sus fiestas y luego hay peces pequeños que hacen ruido, que gustan mucho y que tienen más autenticidad y valor. El esfuerzo se nota, se ve en la calidad de las imágenes, de las fiestas, en el cuidado en todo ¿sabes? Pero el pez gordo siempre va a intentar comerte. Y así ha pasado con todas. Eso es lo que me ha hecho dejar la noche. Porque te das cuenta de muchas cosas y porque cambia. Lo malo que me llevo de la noche es que no me dejaran tener mi pequeño hueco. Que me digan “no, tú no” y no me dejen salir al escenario. Me parece una injusticia tan brutal. Y encima que se cometan injusticias en el mundo queer y en el mundo trans y en el mundo travesti... cuando siempre hemos sido súper perseguidas y nunca hemos podido hacer nada. Y es por miedo a que alguna se haga famosa y se vayan todas a la mierda. Yo no quiero ser famosa, yo quiero tener mi hueco. Es muy triste llegar al aniversario del Que Trabaje Rita! y que no me dejen actuar, cuando en los primeros Rita hice unos shows y unas performances de locos. Al primer Rita fui en limusina, al tercero fuimos con un Hummer rosa lleno

de 13 travestis e hice un desfile que salió en la Buffalo con entrevista y las fotos eran pegatinas que están por ahí pegadas en la nevera. Salí en pelotas al escenario del cruce del Rita y me planté con un pedo que llevaba, con la cara llena de cristales y una capa... fue increíble. Un fin de año no me dejaron actuar y salí de tan mal humor, iba yo jurando en hebreo por la calle y encima me pegó un hijo de puta. Eso es lo peor que me llevo de la noche, y lo mejor es que mira todo lo que he hecho gracias a la noche. ¡Por fin he sacado mi disco!

*days sleeping, hitting nights
broken mirrors, crystal eyes*

Hay que tener claro que todo lo que hay en la noche son tóxicos, desde el alcohol, las drogas... todo es tóxico. La gente está intoxicada y las relaciones que se tienen en la noche son bastante tóxicas. A no ser que luego las tengas también por el día. El Rita por ejemplo coincidió con una crisis económica brutal. La gente estaba “los lunes al sol”, no había trabajo. Los domingos desfasábamos que te cagas, terminábamos del Rita a las 2 de la mañana e íbamos a Cassette. Nos evadíamos, todo era fantasía, conoces a gente maravillosa que te dice cosas maravillosas y que hace cosas maravillosas pero luego son relaciones efímeras. La noche para mí es el mundo de los anhelos.

*the night it hurts, the night is fake
all the fucking creatures there*

Lo que falta en Madrid es una fiesta divertida. La única discoteca que ha sido la madre de todas y cuando Madrid sí que ha sido underground, fue Coppelia. Ahí es donde conocí a Coco, Isaac y Manu, Josephine, Sarita, Marieta, Mini Punkí, Bali, Abi... Íbamos al Darkhole, que era un local de primera hora donde ponían techno oscuro, de góticos siniestros. Ahí pinchaba Cascales y de ahí íbamos al Coppelia que actuaban las Dirty Princess con Yasmin metiéndose un micro en el coño. Todo eso es lo que realmente me ha afectado dramáticamente a la hora de hacer mis performances. Yo no vengo del ambiente posturoo. Me gusta rodearme de gente que me aporte algo y el futuro son las nuevas generaciones, agitadores sociales. Yo ahora estoy un poquito más tranqui porque tengo 40 años y parece que no pero pesan... y estoy en otra la verdad, pero la fiesta me va a apatecer siempre.

i love my brothers

texto 5
→

“They see the light”
es un texto resultado
de transcribir
una entrevista a
Sansanonasnas en
2018 para el quinto
número del fanzine
WE ARE.



foto 15 →

Hyunha Park
en el camerino de
Zombie Club.
Madrid, s.f.





Foto: N6 →

Neo bailando
en Culpa.
Madrid, 2020

*TRANSFORMA O ABANDONA
TODA ENERGIA NEGATIVA O PIZCA
DE INSEGURIDAD QUE HABITA EN TU
SER*

Y

*VENA SENTIRTE UN ABORTO
DESEADO DE BjÖRK
O UNA FLOR EN EXTINCIÓN A PUNTO
DE EYACULAR
O LA PRINCESA PEACH NINTENDO
SALIENDO DE UN KHOLE
O TU MAMA QUE SALE DE FIESTA A
BAILAR.*

*METAMORFOSEEMONOS EN UNA
NUEVA ESPECIE QUE SOLO VA A
EXITIR EN ESE ESPACIO TEMPORAL.
ME PIDO SER LA RATA METAL
Y GIRAR EN UNA ESPIRAL SIN FINAL
PARA MÁS ADELANTE DESEAR SER
UNA SEPIA ASEXUAL
QUE BAILA ALGÚN MIX DE RIHANNA
SIN PARAR.*

*LA CLARIDAD DE LA OSCURIDAD.
BIG PROSTATE ENERGY.*

EL REMIX SE FOLLÓ AL ORIGINAL
COMO LA DROGA AL TIEMPO
A TU TIEMPO
Y ÉSTA A TU CONCEPCIÓN DEL
ESPACIO

RECUERDO ENTRAR Y SENTIR
QUE ME DESCONOCÍA
DESAPARECÍA EN UNA MASA
FLÁCIDA Y BRILLANTE DE
SECRETOS UNÍSONOS
DONDE LAS CABEZAS
HECHIZADAS POR LA NADA
SE MOVÍAN
BAJO EL MANTRA
DE UN MISMO PASO
QUE SEGUÍA EL LOOP DE UN
ORGASMO

4X4

4X4

4X4

4X4

Manifiesto de
CULPA WORLDWIDE

EN UN MOMENTO DADO
TODXS NOS MIRAMOS Y
ASENTIMOS
EN UN MOMENTO DADO
TODXS NOS MIRAMOS Y
ENTENDIMOS
QUE
LA NADA YA NO ESTABA
PERO SÍ
SU DIOS
QUE NOS MIRABA

Y GUIABA HACIA UN ABISMO
PARPADEANTE E INSEGURO
HACIA UN ABISMO
EFERVESCENTE Y OCULTO

(suena en mi cabeza el principio de
ADRENALINA DEMONICA - DJ
LOSER)

MI CUERPO INVADIDO
POR UNA ADRENALINA
DEMONICA
EXPULSABA POR CADA 1 DE SUS
POROS
CUALQUIER CONOCIMIENTO
PREVIO DE TEMPORALIDAD

ABRIÉNDOSE
PASO A
UN NUEVO PORTAL
EN DONDE
NO EXISTE NOCIÓN DE FUTURO
Y
POR LO TANTO
DONDE (NO) EXISTES.

¿SABÉIS A LO QUE ME REFIERO?

ES COMO UN LLANTO
DE SILENCIO
ES COMO UN LLANTO
AL SILENCIO

ESPERA

DÉJAME VOLVER A
INTENTAR
EXPLICÁRTELO

EN LA NOCHE NO HAY PRISAS
NI PROSAS
ESTAMOS UNAS POCAS
Y EL VACÍO
ESTAMOS UNAS POCAS
Y LO DIVINO
ESTAMOS UNAS POCAS
UNIDAS
CAMINANDO HACIA EL ABISMO

SURGE EFECTO Y ME
TRA(N)SLADO

ARCÁNGELES HORMONADOS Y
BAUTIZADOS
POR TIROS BLANCOS
JULIANA HUXTABLE A LOS PLATOS
1 CUARTO DE ÁCIDO
VERA A MI LADO BAILANDO
LUNA CRECIENTE
EN LO MÁS ALTO

SUENA UN TRACK DE TOTAL
FREEDOOM
UNA VOZ SUAVE VIOLA MIS OIDOS
EN MIS CADERAS GOLPE SECO
EN MIS OÍDOS SOLO ECO

EN MIS OÍDOS SOLO ECO
EN MIS CADERAS GOLPE SECO

EN MIS CADERAS GOLPE SECO
EN MIS OÍDOS SOLO ECO

ME GIRO
TE MIRAS

TE GIRAS
ME MIRO

Y TE/ME PREGUNTAS

-ESTÁS BIEN AMIGA?

-SÍ SÍ

DESAPARECIDA

CAEN GRANIZOS
EN TROMPETAS

ELLA AHORA DICE I WANT YOU
ELLA AHORA DICE I WANT YOU
ELLA AHORA DICE I WANT MY
LIFE WITH

YOU

YOU

YOU

SE ACABA EL EFECTO Y ME
TRA(N)SLADO

¿DÓNDE SE ESCONDEN LOS
CUERPO DESEANTES?

¿DÓNDE SE ESCONDEN LOS
CUERPOS DESEADOS?

DE INOCHE DE VERANO

DE INOCHE SIN ESTAR

DROGADOS

(suena Meditation de Nacho Division)

LLEVO HORAS BUSCÁNDOTE Y
BUSCÁNDOME

Y

NO HE PODIDO ENCONTRARTE

Y

NO HE PODIDO ENCONTRARME

PERO

NO PASA NADA

PORQUE

DA IGUAL

EL DÓNDE

YO SÉ QUE ESTARÁS

TARAREANDO ESTA CANCIÓN

Y

TE ACORDARÁS DE MÍ

Y

ME ACORDARÉ DE TI

Y

JUNTXS NOS ACORDAREMOS

DE LA EUFORIA QUE NOS

PROVOCA

EL INSTANTE DE UNA NOCHE

DE DESTELLOS IMPARES.

flor en
extinción
↓

“Flor en extinción”
fue escrito por
Jovendelaperla en
2020 para el sexto
número del fanzine
WE ARE.



foto 17 →
Corazón de Pezón y
Miguel Arrontes de
fiesta una Nochevieja
en Vaciador 34.
Madrid, 2018





LA NOCHE NO ES PARA MI

SAMANTHA HUDSON



foto 18 →

Componente del
grupo Dirty Princess
subida desnuda en el
escenario del Zombie
Club.
Madrid, s.f.

Cuando era pequeño mi abuela solía traerme caramelos. Estaban tan deliciosos que nunca fui capaz de comerme solamente uno, siempre tenía que repetir. Un día, motivado por un hedonismo pálido y absurdo, comprendí mejor que nunca aquello que dicen de que “la avaricia rompe el saco”, pues decidí que era una idea maravillosa meterme de golpe en la boca 6 caramelos de aquellos que tanto me gustaban. En mi cabeza nada podía salir mal, la ecuación era sencilla: si uno me aportaba placer, comerme varios a la vez colapsaría todos mis sentidos con una avalancha de estímulos orgásmicos. Lógicamente no sucedió así. Al introducir el sexto caramelo en mi boca ansiosa, y contra todo pronóstico, mi lengua no pudo soportarlo más y contrajo todos sus músculos, precipitando aquella montaña de dulces y azúcares hasta el fondo de mi garganta sin poderlo remediar. Aquellos caramelos no eran muy grandes, pero al caer en tropel e intentar atravesar mis cavidades con casi el mismo ansia que me había conducido hasta esa situación, se amontonaron todos formando una bola en medio de mi esófago. Naturalmente casi me ahogo. Me habría muerto allí mismo, arrodillado en aquel suelo baldosado de la cocina, con una agonía agridulce provocándome la asfixia. Ninguna de vosotras podría estar leyendo ahora mismo estas líneas de no haber sido por la repentina

intervención de mi abuela, que con una tremenda agitación y con un gesto bíblico y solemne, acudió a mi auxilio y exterminó mi congoja con la misma facilidad con la que me entregaba aquellos caramelos cada tarde. Deus ex machina...

Para mí la fiesta es justamente eso, asfixiarte con un puñado de sabrosos caramelos.

Sé que lo último que se espera de una travesti tan estridente como yo, y más aun sabiendo que me dedico en exclusiva a trabajar la vida nocturna, es que las bacanales de la noche, que tanto suelo frecuentar, me recuerden a una ocasión en la que casi pierdo la vida. Pero no os resultaría un concepto tan descabellado si en vez de ser meros lectores fueseis mis tetas y me acompañarais, por lo tanto, en todas mis estrepitosas experiencias por esos parajes a los que llamamos “discoteca” y “after-hour”. Si fuiseis mis tetas, entenderíais perfectamente por qué la fiesta es en esencia como atragantarse con tu chuchería favorita. Pero como por el momento no sois mis tetas, y al ser yo una mujer de acción siempre me ha gustado complicarme la vida, voy a contaros mi breve historia y haré todo lo posible para que lleguéis a entender qué sobrecogedores motivos han obligado a esta rubia despampanante a observar las festividades con reparo y desconcierto.

Yo vengo de Magalluf, la cuna del balconing y la droga caníbal, y llegué a Madrid hará cosa de dos años. Una persona normal puede pensar que viniendo de un lugar donde te daban barra libre a cambio de mamadas ya nada puede sorprenderte, pero nada más lejos de la realidad. Mi llegada a la capital coincidió con las primeras veces que probé las drogas y, aunque ya había experimentado con algunas pastillas en Mallorca y venía de un largo historial de alcoholismos de todo tipo, la noche madrileña me pilló desprevenida. Al fin y al cabo, una tierna novicia como yo, en aquellas circunstancias, completamente sola en una urbe aún por descubrir y a la merced de los disc-jockey, los gogós y otras criaturas nocturnas... ocurrió lo que tenía que ocurrir. Las primeras noches transcurrieron a un ritmo normal. Tomaba éxtasis, un poco de eme y de vez en cuando algún combinado para lubricar mi garganta de muñeca hinchable. Salía a mover el esqueleto todos los viernes y algún que otro sábado. Bailaba hasta quedarme sin aliento y me iba a dormir a las 6 sin contemplar si quiera la posibilidad de prolongar mis festejos más allá del cierre de la discoteca. Pero al cabo de un mes, sin yo darme cuenta y de la noche a la mañana, todo cambió y mi vida tomó de repente una velocidad vertiginosa. El tiempo que dedicaba a mis actividades lucrativas (colocarme en el baño de un pub) aumentó de

forma exponencial. Tanta enormidad y a ese compás tan frenético y acelerado, habría terminado en un soberano atropello conmigo como víctima si no fuera porque yo soy una super modelo camaleónica y, en cuestión de semanas, conseguí adaptarme a mi nuevo estilo de vida. Pasé de tomarme un cuarto de pastilla a tomarme una entera y a veces dos o tres (yo siempre he sido una mujer caprichosa). Cada semana había fiesta, de miércoles a domingo. Y yo siempre hacía acto de presencia como si me pagara el gobierno por ello. Muchas veces ni si quiera me tomaba las molestias de dormir entre medias, y mucho menos de darle una tregua a mi estómago e ingerir un mínimo de alimento. Lo único que entraba por mi boca en varios días eran gramos y gramos de MDMA. Me quedé fina como el tobillo de un gorrión. Más tarde me pasé a la mefedrona, una nueva droga de diseño que se queda a medio camino entre la coca y las pastillas, aunque no abandoné las pastillas. Cada vez que alguien me introducía a un nuevo estupefaciente, yo lo acogía con una hospitalidad absoluta y en ningún caso se me pasaba por la cabeza sustituir una cosa por la otra. En mi cuerpo había cabida para todos los estimulantes que se le antojara al destino poner en mi camino. Pura caridad drogo-adictiva, al mismo nivel de la solidaridad de un convento que acoge a prostitutas y otras “almas descarriadas”.

Más adelante comencé a trabajar en un after y descubrí que hay vida más allá de la disco. Acto seguido hice mi incursión en el mundo de los “chills”, que para quien no lo sepa (aunque aquí en Madrid es un concepto casi tan popular como beber agua del grifo) es una reunión de amigas, a veces demasiadas, para continuar prorrogando hasta el infinito aquel inocente guateque que comenzó a las diez de la noche. Me pasaba días despierta, del club al after y del after al chill. Bailando sin parar y tomando pastillas, mefedrona, ghb, ketamina, coca y muchas, muchas malas decisiones. Mi vida se había convertido en una vorágine de desenfreno y consumos abusivos y mi cuerpo, cada día más escualido y enfermizo, intentaba de tanto en tanto hacerme conocedora de la insalubridad de mis hábitos provocándome fuertes fiebres; señales que una persona en plena facultad de su consciencia habría interpretado como avisos fisiológicos para poner punto y final a ese torbellino de imprudencias. Por desgracia yo no estaba en plena facultad de mi conciencia. Hubo un momento en que casi me doy cuenta del absurdo sinsentido que llevaba protagonizando durante casi un año, pero me era imposible contemplar, por muy obvia que fuera, la posibilidad de que toda aquella diversión sin límites, rodeada de fantásticas amigas, pudiera

convertirse irremediabilmente en un viaje kamikaze direccionado a un precipicio. Si a esto le sumamos que por aquel entonces me encontraba en un buen momento para mi carrera musical y que me dedicaba en exclusiva a trabajar el espectáculo, pues tenemos un cóctel mortal de drogas, dinero y tiempo libre.

Por suerte todo paró. No recuerdo qué fue exactamente lo que ocurrió, pero una noche me cambió el chip y la realidad me arrolló como un enorme jarro de agua fría que vierte todo su contenido sobre mi cabeza empelucada. Sigo saliendo de fiesta a día de hoy, no me malinterpretéis, pero procuro ser más comedida y decorosa. Después de todo, me di cuenta de que aquella atmósfera, aquella fiesta perpetua y aquellas avalanchas de risas provocadas por espléndidas compañías, no eran más que una mentira; que todas esas amigas y esos miles de millones de desconocidos que nos reuníamos noche sí y noche también para ponernos hasta el culo, no eran más que el reflejo de un puñado de personas que olvidaban juntas lo difícil que es vivir. Pobres diablos, tan ávidos de placer que al final acabamos asfixiándonos. Justo como un niño que se atraganta con un puñado de sus caramelos favoritos.

“La noche no es para mi” fue escrito por Samantha Hudson en 2020 para el séptimo número del fanzine WE ARE.



Foto 19
→

Adolescentes en una
rave en Sant Joan.
Alicante, 2018





ACÁ, LA OTRA

AGUSTÍN MÍGUEZ



foto 20 →

Sole Pittier de after
en El Popu.
Montevideo, 2018

Tengo al menos veinte borradores, unos siete muy desarrollados, otros cinco de párrafos sueltos, tres títulos y el resto de anotaciones flotantes, no me faltaban ideas: solo necesitaba una pregunta.

4:24 am del 1° de enero de 2019 en Buenos Aires, reunida con amigas en la azotea de un edificio contemplando los fuegos artificiales y toda la parafernalia coreográfica que implica la llegada del año nuevo.

Entre la orquesta pirotécnica y la promiscuidad sonora propia de las grandes ciudades se matizaba un ritmo. Un ritmo que estructuraba una melodía, melodía que a la vez sostenía al ritmo. Y en ese proceso de retroalimentación, en esa sinergia: se diferenciaban: conformaban una entidad: unidad identificable: con identidad: Era música peruana.

Sin dudas, quienes estaban ahí, eran sujetos que se identificaban en una comunidad y estaban pasándola muy bien. Lindantes, condensados entre dos edificios de 50 metros de altura, y a igual distancia de mis ojos los vi bailar, irradiaban alegría, una atmósfera, una experiencia completa: todo tenía sentido. Estaban inmersos en un ritual de celebración, pero ¿qué celebran?, la supervivencia de un mito, un mito que para seguir existiendo se celebra a sí mismo. Para

que el mito opere debe reposar en una confianza ciega en que eso es así: una cuestión de fe.

Santa Fe, Argentina, una ciudad adicta a las tradiciones, un territorio donde se simula con los últimos medios retóricos una armonía perdida que tampoco fue tal en su momento. Invocan al pasado como estilización, conviven lo gauchesco con el nacionalismo ilustrado. Entre tanto conservadurismo, sumado al miedo y la ignorancia remanente de las dictaduras la novedad es algo insólito. En ese contexto ser una no normal es algo que te la pone difícil, hasta el día de hoy. Ahí crecí y paso la mayoría de mis días.

Era un viernes cerca de la media noche en Santa Fe. Como todos los fines de semana, me reuniría con mis amigas para ponernos al día. Atravesaba uno de esos rincones empolvados de la ciudad, donde conviven proyectos devenidos en leyendas. Insólitamente, desde unos grandes ventanales que algún día alumbraron un taller de confección, rutilaba una fiesta. Los sonidos que manaban no eran habituales, me sugerían novedad.

Seguí mi pulso y me dispuse a localizar la entrada. Era una puerta grande y pesada, de dos hojas, cada una con un gran paño de

vidrio desde los que se podía ver un corredor totalmente despojado que sólo alojaba, en su otro extremo, una escalera. Entré.

A medida que subía por los escalones la atmosfera me iba envolviéndome cada vez más, hasta que tras un peldaño empezó a acontecer: el flash develó instantáneas disonantes amalgamadas por la bruma de la atmósfera. Se despertaba mi asombro. Lentejuelas, leopardo, lamé, latex, con o sin ropa...; agua, champagne, cerveza, cocktails...; jóvenes, adolescentes, viejos, sin edad...; frenesí, trance, estatismo, movimiento en exceso...; pelo acrílico, en color, blanco, sin, largo, corto, cresta...; drag, rockero, travesti, hippie, gótico, punk... Un repertorio de imágenes contemporáneas que en mi mente no convivían de golpe se materializaban frente a mis ojos como una entidad. Una epifanía. Glitch en la matrix. Fue una noche inolvidable, conocí a personas increíbles. Nada volvió a ser lo mismo.

Lo que experimenté fue una celebración del hoy en los códigos de hoy. La cual también reposa en un dogma, acá la más distinta es la más ortodoxa. La norma es ser diferente, ser la otra, una. Una la otra entre tanto par no idéntico. Pero en conjunto, frente a un criterio normalizado que legitima

lo igual, somos la otra. Claramente, era una celebración, la celebración del privilegio de poder mutar, del privilegio hacer desplazamientos, del privilegio producir lx distintx, del privilegio de ser la otra.

Si, en este contexto, ser parte de una otredad te la pone difícil en la vida, y ambiciono ser tan yo como pueda, debería tener alguna patología asociada a un síndrome de autosometimiento, un estocolmo conmigo misma, rehén a sufrimiento y condescendencia por mi voluntad. Digo... ¿quién la quiere pasar mal? Si lo elijo estoy loca y si no también. Entonces... ¿qué estoy haciendo? ¿qué estoy siendo?, haciéndome, siendo sincera.

Lo que cambia frente a un status quo es susceptible de ser lo otro, pero no siento que seamos lo otro, más bien siento que somos lo de hoy, sinceras con nuestro tiempo. Frutos de un bombardeo simbólico disonante, que no adquiere entidad estable, que vibra, que muta, se nos disuelve el tiempo en las manos. Cambiar, renovarse, renacer: Todo El Tiempo.

Nada hay puro en este mundo, todo se conforma en la mixtura y toda muta. No hay nada que no se vaya constituyendo en el contacto con lo diferente. Todo se constituye en el contacto con lo diferente.

Adoptar una identidad cerrada, limitada, implica excluir a través de invisibilización, incomprensión o intolerancia.

Nuestro ritual es efímero, fugaz e imperfecto: muta, se muda, cambia. No hay otakus, travestis, maricas, drags...; no hay reguetón, cumbia, techno...; no hay disfraces, no hay música, hoy aquí y mañana allí. No nos interesa definirnos, limitarnos, no queremos estabilizarnos, simplemente queremos devenir.

Nos reconocemos como sujetos soñantes, amantes, deseosos, frágiles. Siendo una, una cada vez. En un mundo en el que las ortodoxias tratan de limitar el amor, brindarse desde la subjetividad es exponer lo sagrado.

Para seguir existiendo el mito se celebra a sí mismo y necesita de la fe para poder operar. Y acá, reunidas, celebramos el ser auténticas, protegiéndonos, mostrando una a la otra que no está sola, dándonos fe, sosteniendo nuestro mito.

Y como hijas sinceras de hoy, necesitamos bajar un poco el volumen y prestar atención al lado. Atravesamos un tiempo de reivindicaciones y resistencias, es el momento de empezar a abrazarnos y fortalecernos. Buscar la mirada de la otra.

Fortalezcamos el queremos en las diferencias, estemos atentas a las otras. Que nos una esa sinceridad, demos lo que se necesita hoy, fe.

Y acá estoy, con mis amigas, en nuestro ritual, celebrándonos, mirándonos a los ojos, permeándonos, brindándonos vulnerables y reposando en el abrazo de la otra.

teoría 8 →

“Acá, la otra” fue escrito por Agustín Míguez en 2019 para el primer número del fanzine TRIPI / Montevideo, editado durante una residencia artística en Uruguay becada por la Comunidad de Madrid.



foto 21 →

Miembro de Pussy Riots cantando durante el show *Riot Days* en Kafe Antzokia. Bilbao, 2019



CACHORRO LOZANO



foto 22 →
Tatuaje de Josetxu
fotografiado en el
Casco Viejo.
Bilbao, 2019

Creo firmemente que deberíamos follar cuanto antes. Como si con cada embestida alejáramos a la muerte un poco más, como si cada beso fuera un conjuro que nos diera segundos de vida.

Un día cualquiera te diré eso, muy seriamente, como el que recita un epitafio. Extrañado, me mirarás, asentirás, marcarás una mueca extraña en tu cara que no sabré leer, y la vida seguirá adelante, como un compás de tres tiempos que se alarga indefinidamente. El último vals. Un vals infinito.

No te arrepientas de nada, pero haz memoria. Tan radiantes fuimos y observa el derrumbe.

Ya no éramos tan brillantes como pensamos una vez que fuimos. Ni éramos tan amantes, ni éramos tan sueño, ni siquiera éramos tan carne como un día creímos ser.

Un día la juventud nos atropelló en mitad de la nada y dejamos de ser. Y crecimos de golpe, y el olor a popper nos embriagó y casi vomitamos al darnos de frente contra el futuro. Y la esperanza es algo muy peligroso para alguien como tú y como yo. Si yo soy ketamina, tú eres speed. Si yo soy quien realmente soy, tú nunca querrías ser yo.

Tan radiantes fuimos y mira las estrellas caer una a una del cielo.

Algo que deviene en pesadilla.

Algo que se parece más a un relato fetichizado que a un destino real. Algo que nunca nos hemos dicho porque nos despertaría de este sueño. Que nos haría temblar y nos pondría de cara al paredón esperando el remate final, el golpe seco, con voz quebrada y pecho abierto. Un pecho del que salen claveles, rosas, lirios, margaritas y costillas de adán, flores del paraíso y amapolas doradas, atravesadas por puñales en el festival de color que siempre precede a la putrefacción.

Nosotros fuimos una montaña de basalto.

Y ellos fueron ruina a nuestro lado. Nuestros guerreros se convirtieron en polvo, y nosotros, mientras les veíamos camuflarse entre el asfalto y las latas de cerveza, brindábamos con vino, porque esa noche, al menos por esa noche, habíamos ahuyentado a la muerte.

Todo aceleraba. Pero yo ya no te bailaba solamente a ti. Me bailaba a mí, porque bailar me era mi estrategia para sobrevivir. Y tus pupilas, que un día se dilataron y fueron galaxias, ahora eran chiquititas, tus ojos eran dos cruces negras, y el amor ya no era un rayo de luz indirecta.

Quítate la ropa, si nos divertimos la muerte no podrá atraparnos. La muerte es para los que se aburren.

Soy una víctima de mi generación, y mi generación es una víctima de su generación antecesora. Y esa generación paga por los pecados de una generación previa. Y así, hasta el principio de los tiempos, que fue, sin duda alguna, el principio del fin.

Nadie nos ha pedido permiso y a nadie le debemos pleitesía. Sólo te debes la lucidez de reconocerte en el error y en el desgarró, en una transfiguración que te acerque más a Dios que a la verdad.

Tan radiantes fuimos, y mira al mundo en decadencia.

Un día en la feria disparábamos para conseguir un Snoopy de peluche y al día siguiente nos jugábamos el futuro en el hospital por un mal viaje de GHB. Lo ridículo de la vida se nos hacía incluso ofensivo en estos momentos. Lo que un día nos pareció gracioso, ya no tenía ni puta gracia.

Recuerda el desenfreno y ahora, huye hacia delante. Porque nada volverá.

Dejé de ser actor en mi propia obra y me convertí en el apuntador. Ni siquiera fui capaz de convertirme en público, la idea de observar mi propia vida me produce un pánico tremendo. Sé que sería una obra triste, de palabras desmedidas y malsonantes, un mal tripi. Un mal yo, jamás

comprendido, jamás contextualizado, siempre tarde, siempre mal, siempre fuera de tono, siempre joven quiero creer que fui, pero prefiero estar más cerca del engaño que de la verdad. Para entonces tú eras más pared que puente, y para entonces, yo era ya un yonki del presente absoluto.

Tan radiantes fuimos y mira tus alas sin apenas plumas ya.

-¿Te acuerdas cuando vimos la llegada del hombre a la luna en el monte Olimpo? - te pregunté en una cama tan grande como mi duda. Tú por supuesto no eras conocedor del alcance de estas palabras. Y mucho menos de la poética que encerraban. Ni, por supuesto, la llegada del hombre a la luna cuadraba dentro de nuestra cronología. Pero respondiste que sí, que lo recordabas nítidamente. Y joder, me hizo creer que incluso yo mismo lo recordaba. Así que nos derrumbamos juntos. Ambos caímos por el acantilado, y al otro lado, la gloria eterna. El monte Olimpo. Nuestra verdad a cambio de una mentira.

Una historia digna de ser contada. Es todo a lo que aspiraba.

Cuando termines de leer este quejido, ya serás otro. Y escucharás otras voces y hablarás otro idioma. Y las serpientes te rodearán, y cien fuegos

harán historia de ti. Y vas a sentir el irrefrenable deseo de escapar a la muerte. Cruzar el Louvre corriendo, es escapar de la muerte. Bailar bajo un estrobo y sudarte vivo, es escapar a la muerte. Escribirte una carta de amor, es escapar a la muerte. Asomarte al balcón y pensar en qué pasaría si te tiraras, es escapar a la muerte. Mirarte en el espejo y pasar al otro lado, es escapar a la muerte. Masturbarte con un poema, con un olor, con una luz, con una promesa de un mañana, es escapar a la muerte. Tomar un ácido durante una cuarentena, es escapar a la muerte. Escribir tu nombre en mi piel, es escapar a la muerte. Autorretratarse desnudo, es escapar a la muerte. Ver a una criatura recién nacida, es escapar a la muerte. Transplantar una planta es escapar a la muerte. Salir de cruising bajo la luz de la luna, es escapar a la muerte. Mandarte emojis de animales, es escapar a la muerte. Cambiarte el nombre y reinventarte, es escapar a la muerte. Encenderle una vela a San Judas Tadeo, es escapar a la muerte. Un bolero, es escapar a la muerte. Pensar en el futuro, es la muerte en vida.

Tan radiantes fuimos y míranos ahora.

teoría 9 →

“La juventud radiante” fue escrito por Cachorro Lozano en 2020 para el segundo número del fanzine TRIPI / Bilbao, editado durante una residencia artística en Fundación Bilbaoarte.



foto 23 →
Fotografía
sin identificar.





foto 24 →

Adolescentes en una
rave en Sant Joan.
Alicante, 2018

EPÍLOGO



foto 25 →

Espectadores del
concierto de Charli
XCX en La Riviera.
Madrid, 2019

A.C.

Entro entre la gente y me sorprende una melodía entrecortada. Un trance.
Una uña del color del brillo. Una uña brillante.
Una uñita para ti. Otra para mi.
Otra aquí en medio de la pista de baile.

Una base penetrante. Por cada agujero, por cada poro,
me rebota un golpe tras golpe.
Paliza de ondas en y al silencio.
Vibraciones que conectan con sonidos compartidos, hasta por los sordos.
Cada poro es ahora un tímpano embebido en la base cruda de los bafles.
Sin adornos.
Sin coros.

Más que bailar, oscilo. Me invaden ciclos sin intentarlo y resueno como ritmo
y como ritmo mi ciclo se conecta y se transmite a mi piel-tímpano, y a la tuya
(choque-caricia) de vuelta.
Y la piel es ahora menos piel y más precinto, y un cuerpo suelto, como recién
desenvuelto, ya no sabe si es afuera o es adentro. Si lo que le late en el centro es
un corazón o

el propio techno o

un corazón colectivo con paredes de cemento

y columnas de luz angulosas,
agudas,
obtusas,
rectas.

Cabeza arriba. Estiro el cuello. Del techo, colgando como una constelación en
secuencias, otro ciclo. (Primero brillan esas, y luego estas y luego aquellas)
De pronto el patrón cambia y recuerdo que el foco es solo atrezzo. Que lo que
cuenta es el latir (que ni se inmuta ni se altera), y latiendo sigue deshaciendo mi
piel y mis fronteras.

Soy todo movimiento. Soy todo vibración. Soy todo adentro y estoy afuera.
Siento la separación derretirse y fundirse con el sudor,
y el sudor sublimar en un aire
viciado con el humo de los cigarrillos y más sudor evaporado y
entremezclado de otras pieles, otras fronteras que se conectan a través de los
restos de su propia quema.
Como cometas cruzando estelas.

Cabeza abajo me toca una mano. Choque-caricia. Toma de tierra.
Me reordeno y vuelvo a la base. Vuelvo a mi centro.
Siento otro golpe y otro latido en mis sienes y otro latido en mi pecho y de
nuevo quiero volver, volver al centro (pero ya no de mí) y dejo atrás la salida y
cierro la puerta de un baño con tres dentro. Para tí una uñita y tú me das un
chorro. El otro mea (bonito rabo). El de detrás besa una oreja por detrás. Luego
otro mea y así, rotos, rotamos y nos colocamos y nos (las) miramos.

Golpes en la puerta. Hay pocos cuartos. Se quejan.
Salimos de pronto y despacio.
De los servicios, en las hileras de personas y cabinas busco a mis perras.
Manada abyecta.
Mientras me sube me doy cuenta de que es inútil,
pues ya no recuerdo ni quienes eran.
Unas cualquiera. Modernas de mierda sin camiseta. Yo en el espejo.
No es suficiente. Otra mirada. Otra conquista.
Se mueve la fila. Se nota la raya.
Apuesto a que es una mezcla de coca y keta (pero de la mala).

Me busco, de nuevo, por entre la gente. Me centro en el sonido, y doy pasos sin
moverme, como jugando a una rayuela de pies colectivos.
Raya, rayuela y un rostro enfrente. Haciendo como que no, miro. Encuentro de
miradas. El estrobo corta la imagen en latidos. Un pulso de deseos sin palabras,
edulcorado de vacío.
Me sueñas. El ruido. Resueñas. A brincos. A saltos, la imagen. Tus ojos. Un
guiño. Tus brazos. El abrigo. Pensar en no volver sola a casa.
Y de pronto, te has ido. Me giro pero nada. Huida. Desencuentro. Me he perdido.

Sigo las luces.

Sigo los faros intermitentes y encallo en la pista y me siento una mierda pero siento también las ondas, como olas chocar contra mi cubierta. Y desgastarla. Y deshacerla.

Bajo cien esferas incandescentes, enlatadas, amarradas a un techo que es negro y es noche (adentro y afuera), y con las luces como ordenadas y concentradas en el centro.

Sobre la pista alguien juega a hundir la flota con estrellas.

Amarga baja y yo al cielo. Al cielo con ellas.



D.C.

Me pregunto cómo será el tacto después de todo esto. La noche. La expectativa. Me miro los recuerdos y se me hacen tan extraños. Como fotos, movidas. Deshechos.

No ha pasado ni un mes para que se abra otra vida y yo ya no quiero lavarme más las manos.

La coherencia, condescendiente, me grita desde todas partes. Me insiste en dejarme de mariconadas, en cuidarme. Ahora sí, ya no hay excusas. El miedo se hace carne. El futuro incierto es responsabilidad colectiva. Jugaremos al Grindr solo desde la otra orilla. Coexistiremos con rayas pintadas por el suelo. Por los suelos. Dogville con ketamina y antirretrovirales.

Otra rayuela.

Me pregunto si se puede ser queer encerrada en casa de tus padres. Si el pijama tiene género o se puede soñar travestida. El estuche del maquillaje guardado en el armario. Me pinto en el baño, por dentro. Después a la ducha, como arrepentida. Recuerdo que yo fui queer en casa de mis padres. Sin ponerle palabras, en algún momento, no se me olvida. ¿Es esto una regresión

o una recaída? Antes me pintaba la raya en el ascensor y me cambiaba de conjunto en un instante. El buen hijo en chica mala. Metamorfosis suburbana. Recuento los años y las heridas. Mientras tanto, me crece el pelo otra vez y el tiempo, distorsionado, en el espejo del baño me devuelve reflejos con melenas potenciales. A falta de pelucas, me deshago en mechones.

Me pregunto si se puede escuchar techno con auriculares. Como bailar a distancia o brindar en diferido. ¿Si el sexting es sexo por qué tiene otro nombre? La pantalla con grietas. Pantallazo a tus rincones. Apenas queda espacio libre de almacenamiento. Pero el techno y mi cuarto no encajan, y me entretengo mirando sesiones que grabé en el movil hace años. Se siente raro. No sé si es la envidia o el desasosiego. Además, con mis cascos no se escuchan bien los bajos, y bailar sin bajos es ir a la guerra sin tambores. Joder, qué ganas de retumbar en compañía. Y al mismo tiempo, te lo juro, no me imagino. Algo ha cambiado. Algo se ha roto. No soy yo esa que sale en tus stories. No me etiquetes otra vez en esas fotos.

El otro día forré de celo de colores la luz de mi escritorio. Rave a escondidas. Vicios ocultos.

La pastí, esta vez, era de melatonina y ni con ella cogí el sueño.

“Resonancias” fue escrito en 2020 por La Santamari(c)a como epílogo para este libro.



foto 26 →

Adolescentes en una
rave en Sant Joan.
Alicante, 2018





*Este libro se lo debo a tod*s los que
en algún momento de esta década de los 2010
han iluminado mis aventuras
por la noche y sus fiestas.*

*A tod*s aquell*s que me han bendecido
con su amistad incondicional contruyendo
este relato generacional conmigo.*

*Aunque la vida nos lleve por diferentes
caminos, siempre recordaré lo felices que nos
hicimos y todas las noches inolvidables
que hemos vivido.*

Gracias.

Bilboko Udala
Ayuntamiento de Bilbao

Juan Mari Aburto
Bilboko Alkatea
Alcalde de Bilbao

Gonzalo Olabarria
Kultura Zinegotzia
Concejal de Cultura

Koldo Narbaiza
Yolanda Díez
Alba Fatuarte
Ana Viñals

Guillermo Sánchez
Fundación BilbaoArte
Fundazioko patronatuaren
kideak
Miembros del Patronato
de la Fundación
BilbaoArte Fundazioa

BI-01305-2020
Legezko gordailua
Depósito legal

**FUNDACIÓN
BILBAOARTE
FUNDAZIOA**
Edizioa
Edición

Juan Zapater López
Zuzendaria
Director

Aitor Arakistain
Jon Bilbao
Koordinazioa
Coordinación

Txente Arretxea
Muntaia
Montaje

Ana Canales
Agurtzane Quincoces
Ekoizpen exekutiboa
Producción ejecutiva

Alicia Prieto
Komunikazioa eta
hedapena
Comunicación y difusión

sexydesign studio
Diseinua
Diseño

ALEJANDRIA
Argazkiak
Fotografías

ALEJANDRIA
Alejandro Simón
Ro Gotelé
Andrea Ferrer (La Boli)
Sansanonasnas
Jovendelaperla
Samantha Hudson
Agustín Míguez
Cachorro Lozano
La Santamari(c)a
Testuak
Textos

Edu Bonal
Hitzaurreko zuzenketak
Correcciones prólogo

1826 FILM LAB
Filma eskaneatzea
Escaneo de negativos

Estudios Durero
Inprenta
Imprenta

lighthouseof**ALEJANDRIA**